NATALIA GINZBURG

# LAS PALABRAS DE LA NOCHE

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS TRAPIELLO

Algunos críticos consideran que ninguna escritora ha poseído, como Natalia Ginzburg, una mirada tan sutil y precisa. Y su inocencia, una gracia tan fina así como deliciosamente incorpórea. *Las palabras de la noche*, llevada al cine por el director español Salvador García Ruíz en 2004 con el título *Las voces de la noche*, es un ejemplo emblemático de esa manera tan delicada de narrar que posee esta singular autora, por lo demás poco traducida a nuestra lengua.

Natalia Ginzburg

# Las palabras de la noche

**ePub r1.0**
**IbnKhaldun** 27.06.14

Título original: *Le voci della sera*
Natalia Ginzburg, 1961
Traducción: Andrés Trapiello
Ilustración de la cubierta: *Donna che legge* (detalle), por Silvestro Lega

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.1

# Una nota muy breve

El reconocimiento y la gratitud hacia Natalia Ginzburg están en el origen de la traducción de esta maravillosa y extraordinaria novela, traducción que jamás habría llevado a cabo si no me hubiera asistido el consejo de José Muñoz Millanes, a quien los lectores españoles deben, en parte, las páginas de *Léxico familiar* y, desde ahora, *Las palabras de la noche*, que él ha velado para que fuesen, como en su origen, puras, felices y memorables. Es decir: fieles.

*A. T., Madrid, 2-24 de julio de 1993*

*A Gabriele*

*En este relato los lugares y los personajes son imaginarios. Los unos no se encuentran en los mapas y los otros no viven ni han vivido nunca en parte ninguna del mundo. Y ya lo siento, porque he llegado a amarles como si fuesen reales. (Nota de N. G.).*

HABÍA acompañado a mi madre al médico; volvíamos a casa por el camino que bordea el bosque del general Sartorio y sigue por el alto y musgoso muro de Villa Bottiglia.

Era octubre, comenzaba a hacer frío; en el pueblo, detrás de nosotras, habían encendido los primeros faroles y el globo azul del Hotel Concordia iluminaba la plaza desierta con una luz irreal.

Dijo mi madre: —Noto como un pipo en la garganta. Al tragar, me duele.

Dijo: —General, buenas tardes.

El general Sartorio había pasado junto a nosotros, levantando el sombrero sobre la cabeza plateada y llena de rizos, el monóculo en el ojo y el perro de la correa.

Mi madre dijo: —¡Qué pelo tan bonito, todavía, a esa edad!

Dijo: —¿Has visto cómo se ha puesto de feo el perro?

—Ahora noto en la garganta como un sabor a vinagre. Y el nudo, no deja de dolerme.

—¿Cómo me habrá encontrado la tensión alta? Yo la he tenido siempre baja.

Dijo: —Gigi, buenas tardes.

Acababa de pasar el hijo del general Sartorio, con el *montgomery* blanco sobre los hombros; bajo un brazo llevaba una ensaladera cubierta con una servilleta y el otro lo tenía escayolado y doblado por fuera.

—Desde luego ha sido una mala caída. A saber si volverá algún día a usar ese brazo —dijo mi madre.

Dijo: —¿Qué llevará en esa ensaladera?

—Se ve que tienen una fiesta —dijo después—. En casa de los Terenzi, seguramente. Todos los que van, tienen que llevar algo. Ahora es lo que se estila.

Dijo: —Pero ¿a ti ya no te invitan nunca?

—No te invitan —dijo—, porque encuentran que te das muchos humos. Tampoco has vuelto al Club de Tenis. Si uno no se deja ver un poco, empiezan a decir que se da pisto y dejan de buscarle. En cambio, a las chicas de Bottiglia las invita todo el mundo. La otra tarde estuvieron bailando en casa de los Terenzi hasta las tres. Había gente de fuera, incluso un chino.

A las chicas de Bottiglia las llamábamos «niñas» en nuestra casa, aunque la más joven tenía ya veintinueve años.

Dijo: —¿No tendré arterioesclerosis?

Dijo: —¿Será de fiar este nuevo médico? El anterior era viejo, claro, y no le interesaba nada. Si uno le decía que tenía una molestia, él contestaba diciendo que él también la tenía. Éste lo anota todo, ¿te has fijado cómo lo anota todo? ¿Has visto qué fea es su mujer?

Dijo: —¿Pero es posible que no se pueda cambiar contigo una palabra, el milagro de una palabra, siquiera por una vez?

—¿Qué mujer? —dije.

—La mujer del médico.

—La que salió a abrir —dije—, no era la mujer. Era la enfermera. La hija del sastre de Castello. ¿No la reconociste?

—¿La hija del sastre de Castello? ¡Qué fea es!

—¿Y cómo no llevaba la bata puesta? —dijo—. Le hará de criada, no de enfermera, eso es.

—No llevaba la bata —dije—, porque se la había quitado, porque estaba a punto de irse. El médico no tiene criada ni mujer. Está soltero y almuerza y cena en el Concordia.

—¿Soltero?

Inmediatamente mi madre me casó con el médico en su imaginación.

—¿Dónde se encontrará mejor, aquí o en Cignano, donde estaba antes? Mejor en Cignano, seguramente. Más gente, más vida. Tendremos que invitarle a dar un paseo. Con Gigi Sartorio.

—En Cignano —dije—, tiene novia. Va a casarse en primavera.

—¿Quién?

—El médico.

—¿Tan joven y ya comprometido?

Íbamos por el camino de nuestro jardín, tapizado de hojas; se veía la ventana iluminada de la cocina y a nuestra criada Antonia que batía un huevo.

Mi madre dijo: —Ahora que el nudo en la garganta se me ha secado del todo, no va ni para arriba ni para abajo.

Suspirando, se sentó en la entrada y frotó uno contra otro los chanclos para quitarles el barro; mi padre salió a la puerta de su despacho, con la pipa y la vieja chaqueta de lana del Pirineo que usaba en casa.

—Tengo la tensión alta —dijo mi madre con un poco de orgullo.

—¿Alta? —dijo la tía Ottavia, en lo alto de la escalera, mientras se recogía las dos pequeñas y negras trenzas, que parecían de lana como las de una muñeca.

—Alta. No baja. Alta.

La tía Ottavia tenía una mejilla roja y otra pálida, como cada vez que se quedaba dormida en el sillón junto a la estufa, con un libro de la biblioteca «Selecta».

—Han venido de Villa Bottiglia —dijo Antonia en la puerta de la cocina—, a buscar harina. Apenas les quedaba y tenían que hacer unos *bigné*.[1] Les di un buen plato.

—¿Más todavía? Siempre les hace falta harina. Podían dejar de hacer *bigné*. Por la noche son pesados.

—No son tan pesados —dijo la tía Ottavia.

—Son pesados.

Mi madre se quitó el sombrero, el abrigo y un forro de pelo de gato que llevaba siempre debajo del abrigo, y luego el chal que prende en el pecho con un imperdible.

—Claro —dijo—, han hecho los *bigné* para la fiesta que debe haber donde los Terenzi. Hemos visto incluso a Gigi Sartorio con una ensaladera. ¿Quién ha venido a pedir la harina? ¿Carola? ¿No te dijo nada de una fiesta?

—A mí no me dijo nada —contestó Antonia.

Subí a mi habitación. Mi habitación está en el último piso y da al campo. Por la noche se distinguen, a lo lejos, las luces de Castello y las pocas luces de Castel Piccolo, en alto, sobre una joroba de la colina; de ese lado de la colina está la ciudad.

Mi habitación tiene una cama empotrada, con las cortinas de muselina; una butaquita baja, de terciopelo color gris ratón; una cómoda con espejo y un escritorio de cerezo. Hay también una estufa

de mayólica, color marrón, y algún leño en un cesto; y una estantería giratoria, con un lobo de escayola encima, hecho por el hijo de nuestro hortelano, que está en el manicomio; y colgadas en la pared una reproducción de la Virgen de la Silla, una vista de San Marcos y una bolsa para las medias, grande, de encaje con nudos de amor celestes, regalo de la señora Bottiglia.

Yo tengo veintisiete años.

Tengo una hermana un poco mayor que yo, casada en Johannesburgo; mi madre lee siempre los periódicos para ver si dicen algo de Sudáfrica, inquieta siempre por lo que sucede allá abajo. Por las noches, se despierta y le dice a mi padre:

—Pero donde está Teresita, ¿no se toparán con los Mau Mau?

Tengo un hermano, un poco más joven que yo, que trabaja en Venezuela; en casa siguen todavía, en el armario del guardarropa, su careta de esgrima, sus gafas de bucear y sus guantes de boxeo, porque, de muchacho, era deportista; y cuando uno abre el armario de par en par, los guantes de boxeo se le caen a una en la cabeza.

Mi madre se queja siempre de que tiene los hijos lejos; y a menudo se va a llorar a casa de su amiga, la señora Ninetta Bottiglia.

También son lágrimas que le gusta derramar; porque son lágrimas que la halagan mucho, lágrimas en las que se mezcla el orgullo de haber enviado su polen a lugares tan remotos y peligrosos. Pero el disgusto más punzante para mi madre es que yo no me caso; es un disgusto que la mortifica, aunque, de momento, le consuela el hecho de que ninguna de las Bottiglia, con treinta años, se haya casado todavía.

Durante mucho tiempo, mi madre acarició el sueño de que yo me casara con el hijo del general Sartorio; sueño que se disipó cuando le dijeron que el hijo del general Sartorio es morfinómano y no se interesa mucho por las mujeres.

A veces, sin embargo, se acuerda; se despierta, por la noche, y le dice a mi padre:

—Habrá que invitar a comer al hijo del general Sartorio.

Y dice: —¿Tú crees que ése será un pervertido?

Mi padre contesta: —¿Cómo voy a saberlo?

—Lo dicen de muchos y seguramente lo habrán dicho también de nuestro Giampiero.

—Es posible —dice mi padre.

—¿Es posible? ¿Cómo posible? ¿Te consta que lo haya dicho alguien?

—¿Cómo lo voy a saber?

—¿Quién habría podido decir una cosa así de mi Giampiero?

Vivimos en este pueblo desde hace muchos años. Mi padre es el contable de la fábrica. El abogado Bottiglia es el administrador de la fábrica. Todo el pueblo vive en función de la fábrica.

Es una fábrica de tejidos.

Echa una peste que llena todas las calles del pueblo, y cuando hay siroco llega casi hasta nuestra casa, a pesar de que está en medio del campo. A veces es un olor como a huevos podridos, a veces como a leche cortada. No tiene solución, mi padre dice que es por culpa de ciertos ácidos que usan.

Los dueños de la fábrica son los De Francisci.

Al viejo De Francisci lo llamaban el viejo Balotta, el viejo pelotilla. Era pequeño y gordo, con

una barriga completamente redonda que le rebosaba de los pantalones, y tenía unos grandes mostachos amarillos por los puros, que mordía y chupaba. Cuenta mi padre que empezó con un pequeño barracón, como de aquí a ahí de grande. Andaba en bicicleta, con un viejo macuto de soldado, donde guardaba las provisiones, y comía al sol, apoyado en un muro del patio, se ponía perdida la chaqueta de migas y trasegaba el vino de la misma garrafa. Aquel muro existe todavía y lo llaman el muro del viejo Balotta, porque él, por la tarde, después de trabajar, se estaba allí con la gorra echada hacia atrás, echando un puro, de cháchara con los obreros.

Mi padre dice: —Cuando vivía el viejo Balotta, no pasaban ciertas cosas.

El viejo Balotta era socialista. Siguió siendo socialista toda la vida; aunque, al llegar el fascismo, perdió la costumbre de decir en voz alta lo que pensaba, y en los últimos años se le puso un humor bastante melancólico y torvo; por la mañana cuando se levantaba olía el aire y le decía a su mujer, la señora Cecilia:

—¡Qué tufo!

Y decía:

—No lo soporto.

La señora Cecilia decía:

—¿Ya no soportas el olor de tu propia fábrica?

Y él decía:

—No, no puedo soportarlo más.

Y decía:

—No soporto más esta vida.

—Lo importante es que haya salud —decía la señora Cecilia.

—Tú —decía el viejo Balotta a su mujer—, dices, como siempre, cosas nuevas y originales.

Después tuvo una enfermedad de vesícula; y dijo a su mujer:

—Ya ni salud, no aguanto más.

—Se vive hasta que Dios lo manda —dijo la señora Cecilia.

—¡Qué Dios ni qué ocho cuartos! ¡Faltaría más que metieras a Dios en esto!

Estaba siempre apoyado en el patio, en su muro; y aquel muro y aquel ángulo del patio es todo lo que queda del viejo barracón; el resto es un edificio de cemento armado, tan grande casi como todo el pueblo. Pero ya no comía aquellas hogazas, el médico le había mandado una dieta de verduras hervidas, que no tenía más remedio que tomar en casa, sentado a la mesa; y también le había prohibido el vino, el puro y la bicicleta: lo llevaban a la fábrica en automóvil.

El viejo Balotta crió a un muchacho, pariente lejano suyo, que se había quedado huérfano; hizo que estudiara con sus hijos. Se llamaba Fausto, pero todos lo llamaban el Purillo, el «rabillo», porque llevaba siempre una boina de las que tienen rabillo calzada hasta las orejas. Con el fascismo, el Purillo se hizo fascista; y el viejo Balotta dijo:

—Natural, porque el Purillo es como la mosca verde: sólo se posa donde hay mierda.

El viejo Balotta caminaba por el patio de la fábrica, con las manos atrás, la gorra escurrida casi hasta la nuca, y enrollada al cuello su bufanda mugrienta y gastada, como un cordel; y se plantaba delante de Purillo, que entonces ya trabajaba en la fábrica, y le decía:

—Purillo, hay que ver lo cardo que eres. No te aguanto. Purillo ensayaba una sonrisa, arqueaba su boca pequeña de dientes ingenuos y blancos, alargaba los brazos y decía:

—No le puedo caer simpático a todo el mundo.

—Eso es verdad —decía el viejo Balotta; y se alejaba con las manos a la espalda, con aquellos pasos suyos estevados, arrastrando las zapatillas.

A pesar de eso, cuando empezó a enfermar, nombró a Purillo director de la fábrica.

La señora Cecilia no se resignó a aquella afrenta que se le hacía a sus hijos, y decía:

—¿Por qué el Purillo? ¿Por qué no Mario? ¿Por qué no Vincenzo?

Pero el viejo Balotta decía:

—Tú no te metas. Tú métete en la cocina. Purillo es muy inteligente. Tus hijos no valen un pimiento. Purillo es muy inteligente, aunque yo no pueda aguantarlo.

Y decía: —Da igual, todo se irá a pique con la guerra.

Purillo había vivido siempre con ellos en Casseta, la Casita, como se llamaba a la casa del viejo Balotta; la había comprado por poco dinero, todavía en tiempos de la primera guerra; era, cuando la compró, una casa de pueblo, con huerta, frutales y viña; después la había agrandado y mejorado, con terraza y galerías, y conservaba algo, sin embargo, de su aspecto rústico. Purillo, de siempre, vivía con ellos; pero, en un momento dado, el viejo Balotta lo echó de casa. Purillo se fue a vivir a Le Pietre, Las Piedras, una casa en la otra vertiente de la colina, que el viejo Balotta había comprado para sus dos hermanos, Barba Tommaso, y Magna Maria; un lugar que el viejo Balotta consideraba como una especie de confín, adonde enviaba desterrados a sus hijos por algún tiempo si le molestaban demasiado. Pero cuando envió allá a Purillo, resultaba evidente que aquello era algo definitivo; y la tarde que se fue, la señora Cecilia, en la mesa, lloraba, no tanto porque sintiera un afecto especial por Purillo, como porque le daba la impresión de que no volvería a tenerlo en casa, porque lo había tenido siempre, desde niño. Pero el viejo Balotta dijo:

—¿Supongo que no querrás malgastar tus lágrimas en Purillo? A mí, sin su fea cara delante, me sienta mejor la cena.

Ni a Barba Tommaso ni a Magna Maria les preguntaron si estaban contentos de tener con ellos a Purillo; por otra parte, a ninguno de los dos pedía jamás el viejo Balotta una aprobación o una opinión sobre nada.

Decía:

—Mi hermano Barba Tommaso, con todos los respetos, es un calzonazos.

—Mi hermana Magna Maria, con todos los respetos, es una retrasada.

Y ni tampoco, por supuesto, le preguntó nadie a Purillo si estaba a gusto con Barba Tommaso y con Magna Maria.

Por otra parte, él, Purillo, estaba muy poco con estos dos viejos. Hacía las comidas con ellos; y después de la comida sacaba una pitillera forrada con piel de serpiente, con sus iniciales en oro.

—¿Un cigarrillo, Barba Tommaso?

—¿Un cigarrillo, Magna Maria?

Y no se tomaba la molestia de decir nada más.

Se calzaba la boina y se dirigía a la fábrica.

Barba Tommaso y Magna Maria le tenían miedo y respeto. No osaron decirle nada cuando colgó en el comedor una fotografía suya bien grande en camisa negra y con el brazo tieso, entre los jerarcas que habían ido a visitar la fábrica.

Barba Tommaso y Magna Maria no tuvieron jamás una opinión política. Pero cuchicheaban entre ellos:

—Si un día viene aquí Balotta, ¿qué vamos a hacer?

Por otra parte era una eventualidad improbable, porque el viejo Balotta jamás aparecía por Le Pietre.

Después vino la guerra. Los hijos de Balotta fueron a la guerra, pero Purillo se libró, porque era estrecho de pecho; y había tenido una pleuritis de pequeño, y se le oía todavía, en un costado, un silbido.

Después del 8 de septiembre, Purillo fue una noche a Casseta a despertar a Balotta y a la señora Cecilia. Les dijo que tenían que vestirse rápido y escapar, porque los fascistas querían venir a detenerlos. Balotta protestaba; él no se movería; decía que en el pueblo todo el mundo le quería mucho y que ninguno se atrevería a hacerle daño. Pero Purillo, con un semblante duro como el mármol, echó mano de una maleta. Se puso las manos en la cintura, y dijo:

—No perdamos tiempo. Ponga un poco de ropa, que nos vamos.

Entonces el viejo Balotta se dio por vencido, y empezó a vestirse; trasteaba los botones de los tirantes con sus manos pecosas y cubiertas de ensortijados pelos blancos.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A Cignano.

—¡A Cignano, a Cignano! ¿A casa de quién?

—Ya veré.

La señora Cecilia, asustada, daba vueltas por la habitación recogiendo lo que se encontraba por medio, algún jarroncito que metía en el bolso, cucharillas de plata y camisetas viejas.

Purillo les hizo subir al coche. Conducía sin decir una palabra, con su larga y encorvada nariz, como pico de pájaro, sobre el bigotito híspido y negro, su pequeña boca cerrada, la boina calzada hasta las orejas.

—Purillo —dijo el viejo Balotta—, puede que me salves la vida. Pero me sigues cayendo gordo, y no te trago.

Purillo esa vez dijo:

—No tengo por qué caerle simpático a usted.

—Es verdad —dijo el viejo Balotta.

Purillo al viejo Balotta lo trataba de usted, porque Balotta jamás le había dicho que le tratara de tú.

En Cignano, alquiló para ellos un pequeño apartamento. Pasaban los días en la cocina, donde estaba la estufa. Purillo venía a verlos casi todas las tardes.

Los fascistas fueron en efecto a Casseta, rompieron los cristales, y destriparon a bayonetazo limpio los sillones.

La señora Cecilia murió en Cignano. Se apagó dulcemente, estrechando la mano de la dueña de la

casa, con la cual había hecho amistad. El viejo Balotta había salido a buscar un médico. Cuando volvió con el médico, su mujer había muerto.

No se lo podía creer, y seguía llamándola y sacudiéndola, creía que sólo estaba desmayada.

En el funeral no estaban más que él y Purillo, y la dueña de la casa. Barba Tommaso y Magna Maria estaban enfermos en Le Pietre, con fiebre.

—Fiebre de miedo —dijo el viejo Balotta.

Después Purillo también dejó de aparecer. Balotta estaba tan solo que casi lo echaba de menos. Preguntaba a la dueña de la casa a todas horas:

—¿Pero dónde se ha metido Purillo?

Se supo que Purillo se había escapado a Suiza y que había estado amenazado de muerte tanto por los fascistas como por los partisanos. La fábrica cayó en manos de un viejo aparejador, un tal Borzaghi. Pero al viejo Balotta la fábrica le importaba ya un bledo.

La memoria empezó a flaquearle un poco. A menudo se adormilaba sentado en una silla de la cocina, con la cabeza baja. Se despertaba sobresaltado, y preguntaba a la dueña de la casa:

—¿Dónde están mis hijos?

Se lo preguntaba con aire amenazador, como si ella los tuviese escondidos en el armario de la despensa.

—Los hombres, los mayores, están en la guerra —decía la dueña de la casa—, ¿ya no se acuerda que están en la guerra? Y Tommasino, el pequeño, en el colegio. Y las mujeres, Gemmina en Suiza, y Raffaella en el monte, con los partisanos.

—¡Qué vida! —decía el viejo Balotta.

Y se volvía a adormilar, inclinado, sobresaltándose cada poco y mirando al retortero con los ojos apagados, como el que no acaba de saber dónde se encuentra.

Después de la liberación, vino Magna María en coche con el mecánico para llevárselo. Reconoció al mecánico, que era hijo de un obrero suyo; y lo abrazó. A Magna Maria le tendió dos dedos fláccidos, y la miró atravesado.

Dijo:

—No vinisteis nadie al entierro de Cecilia.

—Tenía cuarenta de fiebre —dijo Magna Maria.

Lo llevaron a Casseta. Magna Maria había barrido de enmedio los cristales y arreglado un poco las habitaciones con ayuda de la guardesa, pero ya no quedaban colchones ni sábanas ni cubiertos ni platos. El jardín era una pura devastación, justo allí donde en un tiempo se había visto pasear a la señora Cecilia entre las rosas con el delantal azul, las tijeras atadas a la cintura, la regadera en la mano.

El viejo Balotta se fue a Le Pietre con Magna Maria. Allí estaba Barba Tommaso, siempre igual, sonrosado, con su camisa limpia y los pantalones de franela blanca.

El viejo Balotta se sentó y rompió a sollozar sobre el pañuelo, como un niño.

Dijo: —Menos mal que Cecilia está muerta y no puede ver todo este desastre.

Magna Maria le acariciaba la cabeza y no hacía más que repetir:

—Ánimo, ánimo, hay que tener valor, tienes que ser valiente.

Barba Tommaso dijo:

—Fui el primero que vio llegar a los partisanos. Estaba en la ventana con mi catalejo, con el general Sartorio, y los vi llegar por la carretera. Y les salí al encuentro con dos botellas de vino, porque pensé que tendrían sed.

Y dijo:

—En la fábrica, los alemanes se llevaron la maquinaria. Pero no importa, porque ahora la maquinaria nueva nos la darán los americanos.

El viejo Balotta dijo:

—Tú calla, que siempre has sido un calzonazos.

—Borzaghi se portó como un valiente —dijo Magna Maria—. Los alemanes lo habían detenido también a él, pero se tiró del tren en marcha, y se rompió un hombro.

—¿Sabes que mataron a Nebbia?

—¿A Nebbia?

—Pues sí. Lo detuvieron los fascistas y lo mataron justo ahí detrás, en aquellas rocas. Era de noche y oímos gritar. Por la mañana, la criada encontró la bufanda, las gafas rotas y el sombrero, aquél de pelo que él llevaba siempre.

El viejo Balotta miraba el sol del ocaso, en aquella pendiente de rocas que está detrás de la casa, que por eso se llama Le Pietre, Las Piedras, y los bosques de pinos, que cubren aquella vertiente de la colina, y más allá de la colina, las montañas, con los picos en punta y nevados, y los neveros de largas y azules sombras, y una cumbre blanca y redonda, como un pan de azúcar, que se llama Lo Scivolo, El Resbaladero, a donde iban sus hijos, los domingos, de excursión con los amigos.

Al día siguiente vino el alcalde a llamarlo, que hiciese un discurso para celebrar la liberación. Lo llevaron al balcón de la Casa Consistorial, hubo mucha gente y se llenó la plaza. Había tal gentío en la calle, que estaban encaramados a los árboles y a los postes de telégrafo. Él veía caras que conocía, obreros suyos todos: por eso mismo le daba vergüenza hablarles. Se apoyó con la mano en la barandilla, y dijo:

—¡Viva el socialismo!

Luego recordó a Nebbia. Levantó la boina, y dijo:

—¡Viva Nebbia!

Resonó un aplauso, fortísimo, como el rumor de un trueno; y él no sintió sino un ligero espanto, y poco después un gran placer.

Luego quiso seguir hablando, pero no supo qué otra cosa decirles. Jadeaba y enredaba con los dedos en la solapa de la chaqueta. Le quitaron del balcón, porque además tenía que hablar el alcalde.

Mientras volvían a casa, Barba Tommaso le dijo:

—Nebbia no tenía nada de socialista. Era comunista.

—¡Qué más da! —dijo el viejo Balotta—. Y tú calla la boca, que siempre serás un calzonazos.

En casa, Magna Maria mandó que lo metieran en la cama, porque estaba rojo, acalorado y se cansaba al respirar.

Se murió esa noche.

En el pueblo dijeron:

—¡Qué mala suerte, se ha muerto el viejo Balotta! Ahora sus hijos quién sabe dónde habrán ido a parar, y la fábrica pasará a manos del Purillo.

—Tantos hijos y ninguno cerca, en el momento de la muerte.

Un día después de que murió, llegó su hija pequeña, Raffaella, que había estado en el monte y había sido partisana. Llevaba pantalones, un pañuelo rojo atado al cuello y una pistola en la funda.

Estaba ansiosa de que su padre la viera con la pistola. Llegó a Le Pietre y encontró a Magna Maria en la verja, con un velo negro en la cabeza; se puso a llorar y dijo:

—¡Qué desgracia, qué desgracia!

Luego la abrazó, y no hacía más que repetir:

—¡Qué valiente eres! ¡Qué valiente eres!

Y dijo:

—Esa pistola, ¿no se irá a disparar?

Durante la guerra nos evacuaron primero a Castello, y luego a Castel Piccolo, por miedo a que bombardearan el pueblo, por culpa de la fábrica. En Castello mi madre tenía pollos, pavos y conejos. Incluso había preparado una colmena. Pero debía tener algún defecto, porque las abejas se murieron todas, con la nieve.

En Castel Piccolo ya no quiso tener animales. Decía que cuando los asistía, se encariñaba con ellos, y luego no podía cocinarlos.

Ahora tenemos algunos animales en nuestra granja, que se llama la Vigna, la Viña; está hacia el bosque de Castello, más o menos a un kilómetro de aquí. Mi madre va dos o tres veces a la Viña por semana, pero no hace ya migas con los bichos, y los cuida la guardesa; Antonia los mata, les quita las plumas o los desuella, y mi madre les da vueltas en la cazuela sin inmutarse, porque no se para a pensar que tenían antes plumas o pelos.

Después de la liberación, le propusieron a mi hermana que fuera intérprete, porque sabía bien inglés. Se enamoró de ella un coronel americano, se casaron y se marcharon a Johannesburgo, donde él tenía, de civil, una empresa.

Yo fui a la universidad en la ciudad. Vivía, junto a la menor de las Bottiglia, en el Hogar Protestante. Giuliana Bottiglia terminó magisterio y yo me licencié en letras; luego volvimos las dos al pueblo.

Voy a la ciudad dos veces por semana, más o menos, con una u otra excusa: cambiar los libros de la tía Ottavia en la biblioteca «Selecta»; comprarle a mi madre los ovillos para bordar o los bizcochos de avena; o comprarle a mi padre un tabaco inglés especial para pipa.

Voy, normalmente, en el autobús, que sale a las doce y media de la plaza, y me bajo en la ciudad en la avenida Piacenza, a dos pasos de Via dello Statuto, donde está la biblioteca «Selecta».

El último autobús sale a las diez de la noche.

Me tumbé en la butaca, y pegué las manos en las paredes de la estufa; luego, cuando empezaba a abrasarme, las quité y me las puse en la cara; luego volví a ponerlas en la estufa. Así se pasó una media hora.

Entró Giuliana Bottiglia.

Llevaba medias negras, que entonces estaban de moda, guantes negros de gamuza, un impermeable blanco muy corto y un pañuelo de seda negra en la cabeza.

—¿Molesto? —dijo.

Se sentó, se quitó los guantes, el pañuelo, y comenzó a marcarse las ondas con un peine. Después se dio un toque en el pelo, que era negro y lo llevaba peinado hueco, con algunos rizos sobre las sienes.

—Hoy —dijo—, estuve en el cine, en Cignano.

—¿Qué daban?

—*Tinieblas de fuego.*

—¿Y por qué eran de fuego las tinieblas?

—Porque él era un ingeniero que se quedó ciego —dijo—. Y ella era una mujer de la calle, pero él no lo sabía y la creía pura, y se casaron. Alquilaron un apartamento precioso. Pero él empezó a tener sospechas.

—¿Sospechas de qué?

—Porque ella le había dicho al principio que era pobre, y, en cambio, él descubre que no era tan pobre, porque tenía joyas. Lo descubre porque se lo dice una camarera, que la había visto con un aderezo de alhajas.

—¿Antes?

—Sí, antes. Y él oye una tarde, en la terraza, que ella está hablando con uno. Es un banquero muy enamorado de ella, que conoce su pasado y la chantajea. Le dice que o se acuesta con él o que si no, va donde el ciego y se lo cuenta todo. El banquero es Yul Brinner.

—¿Ese que no tiene pelo?

—Sí. Entonces el ingeniero acepta hacerse una operación, que o muere o recobra la vista. Le operan y ve, al principio todo borroso, y luego claro, y ella está allí guapísima, con un abrigo de armiño. Entonces él la abraza con abrigo y todo, y llora.

—¿Llora?

—Sí. Después se van de vacaciones a una villa, pero Yul Brinner también va. Y por la noche Yul Brinner la busca y la encuentra por fin en un salón muy bonito, lleno de libros, una especie de biblioteca. Y quiere besarla. Entonces llega el ingeniero y los encuentra juntos.

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues entonces que Yul Brinner huye, y el ingeniero detrás, y terminan en la cornisa, fuera de la ventana. Y también ella sale a la cornisa, para salvar al ingeniero, pero se cae abajo.

—¿Muerta?

—Sí.

—¿Y el ingeniero?

—El ingeniero dispara al banquero, que se muere, pero antes de morirse en el hospital le dice al ingeniero que ella era pura como una santa. Y el ingeniero se vuelve otra vez ciego.

—¿Se vuelve otra vez ciego?

—Sí.

—¿Por qué se vuelve ciego?

—Porque tenía los ojos todavía muy delicados, y se ve que se le desprende la retina, de la emoción.

—Es una estupidez.

—No creas. Trabajaban bien.

—¿Y fuiste hasta Cignano sólo a verla?

—A Cignano, sí.

—¿En autobús?

—En bici, con mi hermana Maria y con Maria Mosso.

—¿Era agradable el chino?

—¿Qué chino?

—El del baile en casa de los Terenzi.

—No era chino, era hindú, y tenía por lo menos setenta años. Lo llevó Gigi Sartorio.

Alisó parsimoniosamente los guantes sobre el regazo, con los ojos bajos y la cabeza un poco ladeada; y dijo:

—Estaba Tommasino.

—¿Dónde?

—En el baile de los Terenzi.

—¿Estaba?

—Sí que estaba.

—¿Y qué?

—Nada. Sólo eso.

Continuó alisándose los guantes, sin mirarme; y dijo:

—Ya no me cuentas nada. Antes yo era tu amiga.

Revolví la ceniza en la estufa. Dije:

—¿Ya no te cuento nada?

—Vengo aquí y hablamos estupideces. Te aburro, lo sé.

—No me aburres en absoluto. Me he divertido con la historia del ingeniero.

—Te aburro, lo sé.

Se puso los guantes, se ajustó el cinturón de la gabardina.

—Tengo que irme.

En la puerta me dijo sin volverse:

—Te han visto.

—¿Cómo?

—Que te han visto con Tommasino.

—¿Quién?

—Mi hermana Maria y Maria Mosso. Os vieron en un bar.

—¿Y qué?

—Nada.

—¡Giuliana! ¿Qué fiesta hay donde los Terenzi? —gritó mi madre al pie de las escaleras.

—No lo sé.

—Porque vimos a Gigi Sartorio con una ensaladera.

—No iba a casa de los Terenzi, iba a la de los Mosso, a llevarles unas natillas, porque hicieron tantas que les sobraban. A nosotros también nos dieron.

—¿Pero cuántas hicieron? ¿Una cuba? —dijo mi madre.

Y dijo: —Qué ocurrencia poner las natillas en una ensaladera.

—¿Y dónde tenían que ponerlas? —dijo la tía Ottavia.

—En una fuente de cristal, ¡naturalmente!

—Nosotros —dijo Giuliana—, como las natillas no nos gustan solas, hemos hecho unos pocos *bigné*.

—En cambio a nosotros, por la noche —dijo mi madre—, nos gusta una cena ligera.

En su cara se leía la pena por haber sido excluidos de la fiesta de las natillas.

Los hijos de Balotta son cinco.

La mayor es Gemmina. Ahora ya tiene más de cuarenta años. No se casó y vive en Casseta. Al volver de Suiza, dijo:

—Casseta no me la quita nadie.

Sus hermanos quisieron ir a vivir allí, cuando volvieron al pueblo, pero ella no se cansaba de repetirlo:

—Casseta era de mamá y papá, y no me la quita nadie.

Inútil hacerla entrar en razón de que mamá y papá eran también mamá y papá para los demás hermanos y no sólo para ella.

Gemmina se quedó en Casseta, sola, con una mujer de servicio, una vieja nodriza que había criado a todos sus hermanos, uno tras otro.

A aquella mujer también la quisieron Vincenzino y Mario como nodriza para sus hijos.

Pero Gemmina dijo:

—El ama no me la quita nadie. El ama está conmigo, y ay de quien me la toque.

Gemmina es alta, delgada, con el pelo teñido con agua oxigenada y corto, con una cara larga y estrecha, toda mentón, y un color de cara manchado y marcado por un viejo sarpullido, que le ha dejado como cardenales.

Lleva, en invierno, un abrigo casentino, un gorro con los pelos de punta y pantalones de esquí. Tiene siempre cosas que hacer y va de arriba abajo, en su topolino, de Castello a Cignano y de Cignano a Castello. En Castello abrió una clínica y en Cignano una tienda de objetos de artesanía. Se ven, en el escaparate, zapatillas de punto, jarrones de madera tallada y cuadros de tema alpino.

Al pasar, compra las manzanas para la clínica en Soprano, que son más baratas.

Lo que más le gusta organizar son tés benéficos. Pone en movimiento a ocho o diez chicas y envía una a Magna Maria a por nueces, porque en Le Pietre hay muchas; luego las pone en los panecillos de queso; a la otra la manda al panadero a Cignano a pedirle las sobras de los bizcochos que se puedan moler en el molinillo de café, para luego hacer una pasta con polvo de cacao: los pastelillos que

salen no están nada buenos, pero se pueden comer.

Es avara, y si fuera por ella, no tiraría nada, ni dinero ni nada. Pero consigue que todo el mundo dé para su clínica y para los demás negocios ropa y dinero.

Todo lo más, se desprende, para loterías y *cotillons*, de trastos que tiene en casa con los que no sabe qué hacer, unos huevos de Pascua de cartón, forrados de seda, unos sacacorchos en forma de corazón, unos acericos.

Cuando abrió la clínica, estaba allí desde por la mañana vigilando los trabajos, con su abrigo casentino, con la nariz colorada como un sabañón y las manchas de la cara que, con el frío, se le pusieron más moradas todavía, y las botas de montaña y el cigarrillo en la boquilla de ónice.

Le gustan las recepciones y las fiestas. Entonces se pone muy elegante, con el abrigo de pieles, las joyas y unos trajes de noche que se los hace en la ciudad una modista muy buena.

En esas fiestas le gusta encontrarse con las condesas, porque es *snob*.

Está todo el día de arriba para abajo, desde por la mañana hasta por la noche. Se para a charlar con todos, porque conoce a todo el mundo de por allí. A todo el mundo le dice, con los ojos bajos y resoplando:

—Estoy agotada.

Vuelve a casa tarde, por la noche, se tira en el sofá con una almohada debajo de las piernas, para favorecer la circulación de la sangre.

Dice:

—Estoy agotada.

Y se queda con los ojos cerrados, tratando de relajarse y no pensar en nada, porque leyó en una revista que relajarse es muy bueno para el cutis.

—Ama, la bolsa caliente y el libro de cuentas.

Y entonces llega el ama, gorda, encorvada, con los andares dulces, con el delantal blanco tieso y almidonado, la cara siempre enfurruñada, arrugada y oscura, que parece un pellejo curtido.

Gemmina se pone a hojear el libro registro. Es donde lleva las cuentas de sus negocios, las complicadas operaciones del debe y el haber.

El viejo Balotta no la encontraba nada tonta, y decía que estaba hecha para los negocios. Sólo decía:

—Lástima que no es nada femenina. Y luego ese color de cara tan horrible. Lástima que no haya heredado eso de su madre, que era, de joven, fresca como una rosa.

Gemmina estuvo enamorada de Nebbia.

Fue una pena, porque se puso, por culpa del amor, mucho más fea y delgada. Para gustarle, se pintaba las mejillas y los labios con un rojo escarlata. Se pintaba mal, sin gusto, porque aprendió a maquillarse mucho más tarde, en Suiza, donde tiene una amiga que trabaja en un salón de belleza. Usaba unos polvos demasiado oscuros, casi marrones, para disimular las manchas de la piel. Lo esperaba a la salida de la fábrica, cada tarde, y todos sabían que esperaba a Nebbia; el único que no se había enterado era Nebbia, porque en las cosas del amor era un ingenuo, un estúpido que no se daba cuenta, y un despistado.

Nebbia salía con sus orejas de soplillo, siempre rojas, con las gafas de concha y su boca grande

y seria.

—¿Qué hace aquí? —le decía—. Su padre se fue hace un rato.

Ella le decía:

—¿Me lleva?

Él la hacía subir en la barra de la bicicleta, y la llevaba a casa. La dejaba no muy lejos de Casseta, al pie de la cuesta, y volvía a montar en el sillín.

Ella le decía:

—¿Vamos el domingo a la montaña?

—Por supuesto.

Iban a veces solos, a veces con los hermanos de ella o con Purillo o con algunos otros empleados de la fábrica. Ella había dado clases de montañismo, un verano, en los Dolomitas. Estaba orgullosa de ser valiente, de no tener jamás miedo, de no quedarse nunca atrás, de no tener vértigo.

—Tiene una resistencia de caballo —le decía Nebbia.

Iban, a veces, solos; una vez les sorprendió la tormenta, en alta montaña, y tuvieron que refugiarse en una roca y pasar la noche allí.

Se pusieron toda la ropa que llevaban. Él tenía, en la mochila, una tela impermeable, y se cubrieron con ella las piernas. Bebieron un poco de coñac, y Nebbia se durmió profundamente.

En cambio, ella no logró pegar ojo, oía los truenos, el viento que silbaba en el glaciar y de vez en cuando algún alud de piedras. Y miraba a Nebbia dormido, con su cara larga, aquella boca suya tan grande y seria, agrietada por el frío y untada de vaselina.

Por la mañana hacía sol, y él se puso a recoger las provisiones sobrantes, las cuerdas, los crampones. Dijo:

—Vamos para abajo, que los suyos estarán preocupados.

Ella se sentía destrozada, helada, y habría querido llorar. Pero no dijo nada, se puso los guantes de lana, soplándolos por dentro para que se calentasen.

Él le ató la cuerda por la cintura, se la ató a su vez, se puso la mochila y empezaron a bajar.

Pasadas las peñas, se lanzaron a la carrera por los prados, con las mochilas bailándoles en la espalda.

Encontraron la patrulla de socorro, mandada por Balotta, en su busca. Estaba también Vincenzino, Mario, Purillo. La señora Cecilia, creyéndoles muertos, se había quedado en Casseta.

Gemmina se zambulló en un baño de agua caliente. Oía a su madre, en la habitación de al lado, que decía:

—No vuelvo a dejar ir sola a Gemmina con Nebbia. La expone demasiado a cosas peligrosas. Además, el pueblo habla, siempre solos de excursión ella y Nebbia.

El viejo Balotta dijo:

—Ahora son así las cosas, no tiene nada de extraño. Ahora un chico y una chica van solos, de viaje, al campo, a cualquier parte. Es la moda, son los tiempos. No se puede ir contra los tiempos.

Y dijo:

—A los dos les entusiasma la montaña. Verás como se casa con ella. Ahora bien, no me va a hacer ninguna gracia que se case con ella.

Gemmina, en bata y sobre el taburete del baño, lloraba. Porque habían pasado la noche juntos, ella y Nebbia, en un palmo de terreno, y él no le había dado ni siquiera un beso.

Los suyos la vieron llegar a la mesa con los ojos hinchados de haber llorado, y creyeron que era, por el susto y el cansancio, un desmoronamiento nervioso.

Nebbia venía, a veces, a cenar con ellos. Discutía cosas de la fábrica con el viejo Balotta y nunca le daba la razón, porque Nebbia no se sometía a nadie en el mundo. Luego Balotta se iba a la cama, porque estaba acostumbrado a acostarse temprano, y Nebbia se quedaba con Gemmina y la señora Cecilia, que hacían punto; pero también él se iba quedando dormido, poco a poco, con su cara larga y colorada en el respaldo de la poltrona y la boca grande que, a veces, en el sueño, sonreía vagamente.

Nebbia era famoso por dormirse después de cenar.

—Perdonad si me he dormido un poco —decía arreglándose los cabellos rizados, mientras cogía el abrigo y el impermeable.

Gemmina lo acompañaba hasta la cancela, y él montaba en la bicicleta, y enfilaba hacia el Hotel de la Concordia, donde estaba a pensión.

Una noche que Gemmina y Nebbia se quedaron solos, porque Balotta se había ido a acostar ya y la señora Cecilia se había quedado a pasar la noche con Raffaella en la ciudad, Gemmina dejó la labor, se despejó los cabellos de la frente, y dijo:

—Nebbia, creo que me he enamorado de usted.

A continuación ocultó la cara con las manos, y se puso a llorar.

Nebbia se quedó estupefacto, con las orejas encendidas, y tragaba saliva, con aquella boca grande y curva, casi siempre un poco agrietada por el frío.

Dijo:

—Lo siento.

Después se hizo un largo silencio y Gemmina siguió llorando, y él sacó su pañuelo, grande, arrugado, un poco sucio, y le secó la cara.

Dijo, con una voz mínima y ronca:

—La tengo a usted por una buena amiga. Pero no la quiero; lo siento.

Todavía siguieron allí sentados un rato, sin decirse nada más. Gemmina se mordía la uña del pulgar y de vez en cuando se le escapaba un sollozo. Pero de pronto llegó Balotta, en pijama, que quería el periódico, y Nebbia se metió deprisa el pañuelo en el bolsillo y Gemmina volvió a tomar las agujas de punto.

Luego Nebbia se puso la gabardina, se calzó en la cabeza su sombrero de pelo largo que parecía un guiñapo, y se fue.

Poco tiempo después, se prometió con la hija del farmacéutico de Castello, una muchacha que se llamaba Pupazzina, la Muñequita. Tenía sólo diecinueve años y era muy pequeña, rellenita, con una cabeza llena de rizos; iba vestida siempre con unas blusas abultadas, ceñida con un cinturón ancho de charol negro, y vacilaba sobre los altísimos tacones. Un día se le antojó un coche, porque quería dárselas de señora; y una casa con los muebles más modernos y cactus en los alféizares. No soportaba la montaña, ni en invierno ni en verano, y no aguantaba el frío. Apenas sabía andar en

bicicleta. Le gustaba el baile, y se casó con Nebbia que no sabía bailar.

El viejo Balotta siempre le guardó rencor a Nebbia, porque se había casado con aquella oca, y no había querido a ninguna de sus dos hijas, ni a Gemmina ni a Raffaella.

Gemmina decidió irse a Suiza. En Suiza tenía una amiga, y encontró trabajo en una agencia de turismo.

Sólo volvió después de la guerra. Pupazzina, con los dos hijos que había tenido de Nebbia, se fue a vivir a Saluzzo.

Gemmina nunca quiso ir a ver, en la ladera detrás de Le Pietre, el lugar donde asesinaron a Nebbia.

A veces, mientras conduce su topolino, Gemmina canta una canción. Es una canción que dice:

*Oh, Linda, Linda, amor, mi amado bien,*
*mientras tú estás en casa, yo, al sereno;*
*mientras ahí dentro estás, comiendo un buen*
*filete, ¡aquí me tienes, de pie, sobre la escarcha!*
*Oh, Linda, Linda, amor, mi amado bien,*
*¡mientras ahí dentro estás, al sereno me ves!*

Esta canción la cantaban a coro ella y Nebbia y Vincenzino y Purillo, en el autocar, cuando volvían de la montaña.

Nebbia cantaba desafinado. Todavía le parece estar oyéndole. Cuando canta esa canción, encuentra toda su juventud, las alegres tardes en que volvían todos juntos de la montaña, el cansancio, el olor de la lana y del cuero, la nieve derretida en las botas, los hombros doloridos por los tirantes de la mochila, el chocolate, todo estrujado en el papel de plata, y las naranjas, el vino.

Jamás ha vuelto a la montaña. Conserva todavía, en una caja, un vaso de latón, completamente abollado. Es en el que ella y Nebbia bebieron juntos, la noche de la tormenta.

Después de Gemmina, Vincenzino. Luego Mario, Raffaella y, el último, Tommasino. Ésos son los hijos de Balotta.

Vincenzino era un chico pequeño, gordo, rubio, rizado como un cordero. Iba siempre sucio y desarrapado, siempre con los tufos demasiado largos en el cuello, los bolsillos de la gabardina llenos de folletos y periódicos, los zapatos desatados, porque apenas sabía hacerse el lazo, y el bajo de los pantalones lleno de barro, porque andaba por el campo.

El viejo Balotta decía:

—Parece un rabino.

Iba por el campo solo. Se quedaba, a veces, parado delante de un muro o junto a una verja, donde no se veían más que matas de ortigas o penachos de helechos; y miraba y miraba no se sabía qué.

Caminaba despacio, sacando del bolsillo de vez en cuando un periódico o un libro, que se ponía a leer caminando, un poco gacho, con la frente fruncida. Cuando abría un libro parecía que se lo iba a meter por las narices.

Le gustaba la música y tenía en su habitación innumerables instrumentos de viento. Al llegar el

crepúsculo, se ponía a tocar el oboe o el clarinete o la flauta.

Sacaba un lamento tristísimo, quejumbroso y feble, como un balido. El viejo Balotta decía:

—¿Pero se puede saber por qué tengo que oírlo balar siempre así?

En la escuela, Vincenzino no fue bien. Se pasaba el año haciendo repescas, y le suspendían siempre. Purillo y Mario, más jóvenes, iban por delante, y él se quedaba atrás.

No se entendía bien por qué, ya que leía muchos libros y sabía un montón de cosas.

Siempre hablaba en voz baja, con un murmullo confuso. Y a las preguntas más sencillas respondía con razonamientos confusos y prolijos, que devanaba despacio, sobre la onda triste de aquel murmullo.

Su padre decía:

—No lo aguanto.

Y decía, oyendo, al atardecer, el lamento de la flauta:

—Si sigue balando así, lo mando a Le Pietre.

Y lo enviaba a Le Pietre un tiempo. Luego lo mandaba volver, porque quería verlo de nuevo y saber cómo era.

—Y no debe de ser tonto del todo —decía a su mujer.

Lo llevaba a la fábrica, lo ponía delante de las máquinas. Vincenzino miraba, sombrío, lunático, un poco encogido, frunciendo el ceño.

Miraba fijamente y remangaba las narices, lo mismo que cuando miraba, en la carretera, un muro, un árbol o una mata de ortigas.

Estudió en Salice, en un colegio. Después, hecho el bachillerato, fue a la ciudad, a la universidad.

Su padre quería que se matriculase en la facultad de económicas, como Mario, que iba ya en segundo curso. Sin embargo, se matriculó en la escuela de ingenieros, como el Purillo.

En eso no dio el brazo a torcer. Balotta se encogió de hombros, y dijo a su mujer:

—Jamás va a terminar la carrera. Demasiado difícil. Que se las apañe. Yo con él no razono. Está loco, y con los locos no se razona.

Vivían él, Purillo y Mario, en un apartamento amueblado, con una mujer que iba a cuidarles.

Purillo se tiraba a la asistenta. Una mujer que ya no era joven, gorda y pesada. Cuando Vincenzino estaba en su cuarto, oía, al otro lado de la pared, la risa limpia de Purillo y los maternales y torpes exhortos de ella.

Vincenzino detestaba a Purillo.

Conoció, en el politécnico, a Nebbia, o sea, Niebla. Se veían en clase. Empezaron a hablar una tarde, en el tren que los devolvía a casa, un fin de semana. La familia de Nebbia tampoco vivía en la ciudad.

Vincenzino empezó a hablar, con su voz queda. Contó que tenía un primo, Purillo, con el que vivía, al que odiaba. Contó cómo era Purillo, cómo se lavaba y cómo comía, cómo se tiraba a la criada, cómo hacía gimnasia, por la mañana, en calzones de elástico negro.

Nebbia escuchaba, aguzando la oreja, aquel largo murmullo melancólico. Se reía, divertido por aquel odio que no tenía ningún motivo real, ya que aquella manera de masticar, de rascarse los

sobacos o aquel brusco doblarse arriba y abajo en calzones y camiseta, eran sólo un pretexto.

Conocía de vista a Purillo. Después lo conoció más de cerca y le pareció del todo inofensivo. Por lo demás, Nebbia era por naturaleza sociable, ingenuo, tranquilo y distraído, y todos le querían.

Vincenzino estrechó lazos con Nebbia y fue su primero, último y único amigo.

Nebbia lo llevó a su casa, en Borgo Martino, y le presentó a sus padres, el padre médico titular y la madre maestra de escuela, y a los hermanos y hermanas.

Por su parte Vincenzino lo llevó a Casseta. Nebbia le pareció simpático al viejo Balotta; incluso le prometió, para cuando hubiere terminado el politécnico, un puesto en la fábrica.

Un domingo fueron a la montaña todos juntos, Nebbia, Vincenzino, las hermanas de Nebbia, Gemmina y Purillo. Vincenzino caminaba despacio, y se quedaba atrás, los demás se impacientaban y tenían que esperarlo. También le gustaba encerrarse en los refugios, cerca del fuego encendido, para balar con la flauta y mirar las llamas.

Conoció, un verano, en San Remo, a una chica brasileña, que estudiaba música. Él había ido al mar por prescripción del médico, porque había tenido unas anginas, pero no se bañaba ni se exponía al sol en la playa, pues tenía la piel tan blanca que mucho sol le daba fiebre; sin contar con que odiaba el sol, la arena, las sombrillas y el gentío. Por eso se quedaba leyendo bajo un árbol, en el jardín del hotel; y se puso a hablar con la brasileña, que tampoco tomaba los baños, y se quedaba allí con las gafas de sol y con un sombrero grande, y tenía con ella a su madre, la *mamita*, una viejecita pequeña como una mona, con el pelo teñido de rojo.

Vincenzino volvió a Casseta, después del mar, completamente restablecido. Puso en la mesa de su cuarto un retrato. Se veía a una chica de pie, de perfil, vestida de noche, con un collar de perlas, el cuello largo, un *chignon* grande y negro, y una boa de plumas.

Dijo:

—Mi novia.

Balotta dijo a su mujer:

—Ese bobo es capaz de haberse prometido.

Iba a ver el retrato, cuando Vincenzino estaba fuera.

—Caramba, qué cuello tan largo —decía.

Por la mañana, apenas despierto, le decía a su mujer:

—Ésa lo va a llenar de cuernos, de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies.

Vincenzino escribía largas cartas dirigidas a Sao Paulo y a su vez recibía otras tantas, largas, tupidas, con una caligrafía grande y picuda, difíciles de leer porque estaban escritas por las dos caras.

Hacia Navidad vino a la ciudad la chica con la *mamita*, el *papito* y el *Fifito*, que era un hermano de doce años. Querían que les llevasen a Casseta a conocer a la familia de Vincenzino.

Habían bajado al hotel y Vincenzino les llevaba por ahí para ver la ciudad.

Una noche Purillo, al volver, se encontró a Vincenzino sobre la cama, pálido, como un guiñapo, vomitando en una palangana. Estaba temblando con un telele nervioso.

Había comprendido que estaba hasta la coronilla de la *mamita*, del *papito,* del *Fifito* y de la chica, pero no sabía cómo librarse de ellos.

Purillo fue a llamar a un médico y a Nebbia. Se pasaron toda la noche, él y Nebbia, cuidando a Vincenzino, dándole cafés cargados y enjugándole el sudor.

Por la mañana fueron al *papito* y la *mamita* y dijeron que Vincenzino estaba malo, muy enfermo, con los nervios destrozados, y que por el momento no podía pensar en casarse.

La *mamita* se echó a llorar. Después pidieron dinero. Habían hecho unos gastos, viajes, y a la hija le habían comprado un costoso ajuar.

Obtuvieron todo lo que querían, y regresaron al Brasil.

—Hay que reconocer que Purillo —dijo Vincenzino a Nebbia— no se ha portado mal.

Pero Vincenzino no sentía ningún agradecimiento hacia Purillo. Al contrario, por el hecho de que le hubiera visto de aquella manera, lo odiaba más todavía.

Purillo, al contarle lo sucedido al viejo Balotta, estuvo educado y serio. Pero se escapaba de su voz un soplo de incontenible alegría. Él, Purillo, cortejaba a las muchachas decentes y se acostaba con las putas y las criadas. Pero jamás les había dado un problema, nunca le había tocado al viejo Balotta soltar dinero para sus historias de faldas.

Mandaron a Vincenzino de nuevo al mar, porque se había quedado mal, pero en esa ocasión fue con él Gemmina, para vigilarlo y que no hiciese más tonterías.

Dejó el politécnico, sin examinarse de muchas asignaturas, y se matriculó en ciencias empresariales.

Mientras tanto Nebbia se había licenciado hacía tiempo y trabajaba en la fábrica. También se licenciaron Purillo y Mario, y también se pusieron a trabajar allí.

Luego a Vincenzino le tocó hacer el servicio militar. Lo mandaron a Pesaro. Estaba siempre arrestado porque era totalmente incapaz de ser puntual y de hacer las cosas. Se dejó crecer la barba y las mejillas se le cubrieron de una pelambre rizada y rojiza, como una vegetación salvaje que creciese en una ribera abandonada.

Al final, después de la mili, terminó la carrera.

—El último en llegar fue el *Patizambo* —dijo el viejo Balotta. Pero estaba contento y lo mandó a América un año, para que viese mundo y aprendiese inglés.

Cuando volvió de América, Vincenzino había cambiado mucho. Estaba otra vez sin barba. Había aprendido a lavarse, a estar derecho y a hablar más alto.

Cuando le presentaban a alguien nuevo, echaba los hombros hacia atrás y le clavaba una mirada aguda, penetrante, clara, como un relámpago frío.

A veces soltaba una risotada rápida, furtiva, que le descubría los dientes pequeños y blancos, y que se extinguía de improviso.

En América había estado visitando fábricas. Y tenía ideas nuevas, quería echar abajo su vieja fábrica y levantarla toda nueva, con cristaleras y una zona de casas para los obreros.

Había leído libros de psicoanálisis, y descubrió que tenía el complejo de Edipo y que había tenido un trauma en la infancia, una vez que vio al Purillo matando un perro a pedradas.

Volvió a Casseta y comenzó a trabajar en la fábrica. Trabajaba hasta muy tarde por la noche, preparando proyectos.

Su padre decía:

—Antes no se interesaba nada por la fábrica. Y ahora se pasa. La única ventaja es que ya no tiene la flauta y que ya no bala.

Sin embargo, todavía iba Vincenzino a pasearse solo por el campo. Y todavía se paraba a mirar, inmóvil, un muro o un árbol, arrugando la frente y remangando la nariz.

Se casó con una chica de Borgo Martino. Era una amiga de las hermanas de Nebbia, y la conocía desde hacía mucho. Se casó después de una complicada y confusa declaración de amor. Se casó deprisa, porque le dio miedo cambiar de idea.

Mario y Vincenzino no se parecían mucho. Mario era un chico alegre, vivaracho, mundano, y todo le resultaba fácil.

Alto, desenvuelto, elegante, repartía muy bien su tiempo entre el trabajo y el descanso. Después de la fábrica, volvía a Casseta para cambiarse, y se iba a la casa de los Sartorio a jugar al tenis en pantalones y chaqueta azul de botones dorados.

—Igual que Barba Tommaso. Esperemos que no sea un calzonazos —decía el viejo Balotta.

Las noches, Mario las pasaba jugando al *poker* en casa de los Sartorio, de los Parego o de los Bottiglia. Contaba muy bien los chistes, muy serio, sin mover una sola pestaña. Sabía muchísimos, que leía en revistas, italianas o extranjeras, a las que estaba abonado, y siempre tenía mucho éxito.

Sólo a veces, en las épocas en que se encontraba un poco fatigado, le acometía una charla rápida, nerviosa, balbuciente, como imparable, y no había manera de callarlo. Contaba chistes, hacía proyectos para la fábrica. Se le ponía entonces una cara gris, de desenterrado, como un haz de músculos demasiado tensos, y aparecía por encima del pómulo, justo debajo del ojo izquierdo, un pequeño temblor. En esas temporadas no podía dormir, y se pasaba las noches fumando en su cuarto, o bien se marchaba al pueblo e iba andando hasta Le Pietre y despertaba a Barba Tommaso y a Purillo con sus historias.

Entonces lo enviaban al mar o a la montaña, para que descansase, y cuando volvía estaba como nuevo, y se le había pasado el insomnio y la parlanchinitis.

En un momento dado pareció que iba a prometerse con la mayor de las chicas Bottiglia, porque la acompañaba a todas horas. Sin embargo, fue a pasar unos meses a Múnich en viaje de negocios, y allí se casó.

El viejo Balotta se puso furioso cuando se enteró de que se casaba. La chica era pintora y escultora, una rusa, de una familia que había huido de Moscú cuando la revolución. Era huérfana y estaba en Múnich con unos tíos. El viejo Balotta estaba convencido de que debía de ser una aventurera o una espía.

Envió a Purillo a Múnich a enterarse. Purillo le hizo saber que no había nada que hacer, Mario se había enamorado, se iba a casar y no entraba en razones.

Hizo también algunas averiguaciones. Los tíos tenían una pequeña tienda de discos. Apenas se sabía más.

Mario se instaló en Casseta con su mujer. Era una muchacha pequeña, delgada, enfermiza, con la cara maquillada y empolvada, un sombrero de fieltro negro y guantes negros.

Cuando se quitó los guantes, aparecieron dos manos macilentas, delgadas y llenas de cicatrices. Mario explicó que se había quemado con unos ácidos, mientras preparaba los colores, porque le

gustaba prepararse sus propios colores.

No hablaba una palabra de italiano. Hablaba un francés incierto, trufado de alemán y ruso, con una voz sumisa, un poco ronca. Se llamaba Xenia.

El viejo Balotta estaba desconsolado. Había previsto que Mario se casara con una de las hijas de su viejo amigo el abogado Bottiglia. Y, en cambio, tenían delante a aquella desconocida, salida de Dios sabe qué vida oscura, que hablaba en francés, lengua de la que ni él ni su mujer tenían la menor idea.

Balotta concibió por Xenia una antipatía fiera, imparable y ciega. Vincenzino compartió aquella antipatía. Por primera vez en muchos años, Vincenzino y su padre estaban de acuerdo.

Entre tanto, también Vincenzino se casó: de la mujer de Vincenzino, en cambio, clara, simple, relimpia, se sabía todo, y que su pueblo era Borgo Martino.

Mario y Xenia recorrieron de arriba abajo el pueblo, buscando una casa que comprar. Visitaron muchas. Xenia miraba, con sus ojos opacos, grandes, pintados, con los párpados caídos: bisbiseaba algo en francés y quedaba claro que aquella casa no le gustaba.

Por fin compraron Villa Rondine, Villa Golondrina, un gran palacete rojo, rodeado de árboles, en lo alto de la colina.

Los hijos de Balotta sabían desde hacía tiempo que eran ricos; y veían que con los años cada vez eran más ricos. Sin embargo, sus costumbres no cambiaban mucho. Se vestían siempre de la misma manera y comían siempre las mismas cosas. La señora Cecilia, con ayuda de su criada Pinuccia, daba la vuelta ella misma al abrigo del invierno anterior. Incluso si quería un vestido nuevo, llamaba a la modista del pueblo, Sestilia.

En Casseta se servían buenas comidas, sustanciosas, sanas, y había mucha abundancia de todo. Pero el mantel estaba un poco raído con no pocos rotos, y los vasos de diario eran los de la mermelada «Cirio», y la quesera tenía la campana tan rota y pegada que la señora Cecilia decía siempre: —Tendría que comprar otra quesera.

En Casseta tenían dos coches, uno más viejo, grande y oscuro, y uno pequeño, descapotable, que usaba más que nadie Purillo, cuando tenía que ir a la ciudad. Tenían muchas gabardinas, muchos baúles y maletas, muchos *plaisds* escoceses, muchos pares de esquí. No reparaban en gastos de viaje, vacaciones, reconstituyentes, médicos. Cuando llegó Xenia, se dieron cuenta de que ninguno de ellos sabía lo que era llevar un gran tren de vida, y Xenia, en cambio, eso lo conocía.

Se descubrió que aquellos vestidos suyos, con un aire siempre un poco ajado y polvoriento, eran carísimos y se los mandaban de una famosa casa de modas de París.

Al pasar por París después de la boda, encargó todos aquellos vestidos, todas aquella pieles, todos aquellos zapatos.

Se instaló en Villa Rondine, después de haber amueblado las habitaciones con muebles pesados y un poco fúnebres, de talla solemne. En las ventanas puso cortinas oscuras, porque le gustaba la penumbra.

Contrató gran cantidad de servicio, mayordomos y doncellas, mozos y criadas, y no se sabía cómo hacía para mandarles a todos, hablando sólo francés y con aquel hilo de voz.

Encargaba la carne en Cignano, donde era mejor, pero más cara. Mandaba a por fruta a Castello,

muy temprano, con el chófer. Mandaba a Castel Piccolo a por fresas, a Soprano a por queso fresco, a Torre, a por colines.

Ella, en cambio, comía poquísimo: una hoja de lechuga, un sorbo de caldo. Se hacía traer de la ciudad piñas, que apenas probaba, un bocadito en la punta del tenedor.

Era sumamente delgada y, sin embargo, parecía que estaba gorda. Había mandado poner, en uno de los baños, una caldera especial, para los baños de vapor. Salía de esos baños más flaca y desmejorada que nunca.

Tenía su estudio en una gran habitación de la planta de abajo. Se pasaba allá, en pantalones de terciopelo negro, pintando, esculpiendo, amasando sus cerámicas y cociéndolas luego en un horno grande, que le habían enviado de Holanda.

Jamás bajaba al pueblo. Paseaba por el jardín, a pasitos, con sus dos perros pequeños. Eran dos chuchos todos rizados, de un gris casi rosa.

Jamás ponía los pies en Casseta. Pero en Navidad o en Pascua les mandaba a todos unos regalos principescos.

Por la noche se quedaban solos, ella y Mario, en el salón principal, poblado de cuadros sombríos, porcelanas preciosas y espejos. Había encendida alguna vela, en los candelabros de plata, y ésa era toda la iluminación. Se daban la mano, jugaban con los perrillos. Así les encontraba a veces Purillo, la única persona que acudía a Villa Rondine, alguna noche.

—Con las velas —decía la señora Cecilia—, por lo menos ahorran luz eléctrica.

Pero no era verdad, pagaban cuentas astronómicas incluso de luz, seguramente porque el horno de Holanda era eléctrico.

Se compraron un gran automóvil, negro y lustroso, que parecía una carroza fúnebre. Acompañada por el chófer, bajaba a la ciudad dos veces por semana, sepultada en el fondo del coche, con las gafas negras, la cara pálida sumergida en el cuello del abrigo de pieles. Iba a tomar los baños turcos, porque los otros vapores no le bastaban.

Le contagió a Purillo las ganas de gastar dinero. Purillo se compró un Issotta-Fraschini. Se compró una cama abatible, como la que hay en los sanatorios, para estar más cómodo cuando leía por la noche, antes de coger el sueño. Y se hizo, junto a su cuarto, un lujoso baño con la bañera empotrada, aprovechando el tabuco donde tenía Magna María colgados antes los jamones.

Cuando Xenia fue a tener el primer hijo, Mario mandó llamar a un ginecólogo de Suiza. Al año siguiente tuvieron otro niño. Tenían una *nurse* suiza, con la toca azul. También tenían una nodriza véneta. Xenia cayó enferma después, y le quitaron el útero. Se puso buena y volvió a esculpir, a pintar, a pasear con los perritos.

Se le pusieron muy pronto todos los cabellos grises, y no se los tiñó quién sabe por qué.

El viejo Balotta, las raras veces que la veía, en los cumpleaños de los niños, decía después a su mujer:

—¿Has visto cómo ha envejecido Xenia? ¿Has visto qué fea es? ¿Cómo hará Mario para irse con ella a la cama?

Vincenzino lo explicaba todo con el psicoanálisis. Decía que Mario tenía complejo de Edipo, y se sentía protegido por Xenia, que tenía un temperamento autoritario, y lo dominaba y gobernaba.

De vez en cuando en el viejo Balotta, y también en Vincenzino, resurgía la duda de que fuese una espía. No se sabía nada de ella, nada de lo que había hecho antes de llegar al pueblo. Las raras veces que se topaban con ella, hablaba muy poco, y siempre en francés, porque no se preocupaba de aprender italiano.

Nebbia decía:

—Para nada es una espía. Sólo es tonta, y para no revelar lo tonta que es, se rodea de misterio. Como algunos gusanos, que se construyen como una funda con la saliva, para que nadie les pueda coger.

Mario, entre tanto, engordó un poco, se iba a acostar pronto y jamás volvió a tener aquellos desarreglos de insomnio y de locuacidad.

Vincenzino y su mujer se fueron a vivir a Casa Mercanti, o de los Comerciantes. Era una pequeña casa, justo al final del pueblo, que tenía delante un amplio prado con dos o tres perales y detrás un huerto cercado, con coles.

La mujer de Vincenzino se llamaba Cate. Era alta, guapa, robusta, con una melena de pelo rubio que peinaba a veces en dos trenzas, finas y aplastadas sobre las orejas, a veces en un moño hueco y sin gracia, torcido y apuntalado en lo alto de la cabeza.

Tenía una cara llena, atezada por el sol, con algunas leves pecas, con los pómulos levantados y salidos, y los ojos verdes un poco rasgados, hacia las sienes.

En el pueblo la recordaron durante mucho tiempo, cuando volvía del río adonde iba a bañarse, con el viento que azotaba la falda en las piernas desnudas, torneadas, doradas por el sol, el pelo chorreando y enmarañado sobre la frente, y la toalla mojada sobre los hombros, toda llena de arena.

La recordaban cuando bajaba de la colina con la boca manchada de moras, alta, hermosa, rubia, con sus hijos pequeños, rubios también.

Cuando iba al río en verano llevaba un vestido azul, con una cinta blanca en el bajo de la falda. Llevaba un pañuelo con lunares blancos y azules, con el que se recogía el pelo. Y cuando en invierno iba a esquiar, llevaba un jersey blanco, con el cuello vuelto. Y en las tardes frescas de otoño, cuando se sentaba en el jardín, se echaba sobre los hombros un viejo chal negro, como de pobre.

Se había casado con Vincenzino sin estar enamorada. Pero pensó que era una buena persona, quizás un poco melancólico, aunque seguramente muy inteligente.

Pensó también que él era rico y ella no.

Al principio, cuando se fueron a Casa Mercanti, le entró una tristeza infinita. Se quedaba allí tardes enteras, mirando el huerto de coles de detrás de la casa. Le parecía que el mundo estaba lleno de coles. Y se echaba a llorar, porque le entraban muchas ganas de volver con su madre.

Borgo Martino no estaba demasiado lejos, pero ella no intentaba siquiera ir, porque a su marido no le habría gustado.

En Borgo Martino, en su casa, tenía a su madre viuda, que era la dueña de una pequeña papelería. Y tenía tres hermanas todavía pequeñas, que iban a la escuela, y en casa siempre había mucha alegría y alboroto.

En Casa Mercanti, por el contrario, reinaba siempre el silencio. Ella trajinaba en la cocina, para pasar el rato, hablando con Pinuccia, la criada que su suegra, la señora Cecilia, le había trasferido. Le contaba a Pinuccia de su casa, de las alocadas risotadas que daban ella y sus hermanas. Pinuccia escuchaba pelando patatas y frotándose de vez en cuando la nariz con su mano ruda.

Vincenzino volvía tarde, y ella, esperándolo, se dormía en el sofá.

Vincenzino se había casado con ella sin estar enamorado. Pensó que era sana, sencilla, que era una buena chica.

Pensó incluso, de aquella manera suya un tanto embrollada, que una boda así tenía que gustarle a su padre. Porque se parecía de alguna manera al matrimonio del propio Balotta, quien también había elegido a Cecilia en un pueblo cercano, y la eligió porque era rubia, pobre y sana.

Pero cuando se casó con ella, Vincenzino comprendió que no tenía nada que decirle. Pasaban las veladas en silencio, uno enfrente del otro en sendos sofás, en el salón.

Él leía un libro, metiéndose los dedos en la nariz. De vez en cuando la miraba hacer punto, con la cabeza rubia inclinada, bajo la luz rosada de la lámpara. La encontraba muy guapa, pero pensaba que no era su tipo, porque a él le gustaban las morenas, y las rubias no le decían nada.

A ella, por las tardes, le daban unas grandes lloreras, encerrada en su cuarto, junto a la ventana desde donde se veían las coles. Cuando él volvía, la encontraba con la cara hinchada y los ojos rojos. Entonces, tenía el detalle de pedirle que fuese, al día siguiente, a ver a su madre a Borgo Martino.

Poco a poco, se acostumbró a montar en bicicleta. Montaba en bici casi a diario; a veces, incluso, las tardes del domingo. Después de todo, Vincenzino, el domingo, pasaba la tarde durmiendo, leyendo o estudiando proyectos de la fábrica, y no quería saber nada de salir.

Vincenzino, solo en casa, daba vueltas en pijama por las habitaciones. Todas las habitaciones eran frescas y estaban en penumbra, y reinaba un reposado silencio. Pinuccia salía también. Él se servía un *whisky* doble, con hielo y agua mineral. Había aprendido en América a beber *whisky.* Se sentaba en el sillón del salón, con un libro y al lado el vaso.

Le gustaba estar completamente solo. Sentía profundo consuelo y alivio.

Después, tuvieron los niños. Nació un varón, luego una niña, y luego otra vez un varón. En el prado de delante de su casa se agitaban al aire los pañales en una cuerda atada entre dos perales, y en la hierba se veían bolos y cubos pequeños. Vino una campesina de Soprano a cuidar de los niños y la vistieron con delantales azules. Cate estaba muy ocupada y dejó de llorar. Y tampoco iba casi nunca a Borgo Martino.

Pero en el pueblo no le gustaba nadie. Encontraba a la señora Cecilia aburrida, una vieja *bergianna*, palabra que usaban en su casa, en Borgo Martino. Significaba algo así como una vieja cotorra. Con Gemmina tenía una relación fría, había sido una relación fría desde que ella se había casado con Vincenzino. Tal vez Gemmina tuviese celos, porque la encontraba guapa; tal vez pensaba que se había casado con Vincenzino por dinero, sin estar enamorada.

Purillo tampoco le gustaba. Xenia le parecía una loca. Nebbia le gustaba bastante, porque era de Borgo Martino; en cambio Pupazzina, la mujer de Nebbia, no le gustaba en absoluto, encontraba que era un escuerzo, y que no se ocupaba de sus hijos, que iban siempre sucios y no los sacaba nunca de

paseo.

Con Raffaella, la hermana más joven de Vincenzino, iba a veces a bañarse al río. Pero al poco también se aburrió de Raffaella. A sus dieciocho años, Raffaella era como un muchachote desmañado. Se liaba a jugar con los niños, y les obligaba a hacer juegos demasiado ruidosos y peligrosos, les obligaba a zambullirse en los sitios donde la corriente era más rápida, y a subir a las rocas más altas.

Cate probó a gastar dinero, en vista de que tenía mucho. Se encargó algunos vestidos en la ciudad. Se encargó también un abrigo de pieles de *rat musqué* negro; pero no se lo ponía casi nunca, porque le parecía que le daba un aire, como decían en su casa de Borgo Martino, de vieja cangura. Una palabra que significaba, en la jerga de las hermanas, una señorona.

Se compró, copiándoselos a Xenia, unos pantalones estrechos, de terciopelo negro. Pero Nebbia le dijo que no le sentaban bien, porque le hacían más anchas las caderas. Ella se enfadó y dijo a Vincenzino que le dijese a Nebbia que no se metiera donde no le llamaban, y lo mismo a su mujer, que iba siempre con unos trapos ridículos.

Hacía traer los colines de Torre. Y mandaba a Pinuccia a comprar las fresas a Castel Piccolo. Pinuccia volvía, acalorada y sudorosa por la cuesta y el solazo, sin fresas, ya que se habían quedado con todas, a primera hora, los de Villa Rondine.

A veces iba a Casseta a ver a la señora Cecilia. La señora Cecilia le enseñaba sus hortensias, sus claveles y sus rosas, y también un rosal de rosas aterciopeladas, conseguidas de una semilla que le había traído Purillo de Holanda.

Iba a veces a Le Pietre. Barba Tommaso le salía al encuentro a la verja, y le besaba la mano, y aprovechaba para que la mano rozase ligeramente su mejilla de viejo, muy bien afeitada y rosácea: le gustaba que se dijese que era un libertino y que todavía, a los setenta años, echaba los tejos a las mujeres bonitas.

Magna Maria estaba allí con su pelo gris muy bien peinado, su nariz roja y larga, y en la nariz una verruga, como un guisante de grande; le ofrecía un platito de albaricoques y un vaso de mistela; y la abrazaba y la volvía a abrazar, y decía:

—¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¡Estupenda, estupenda! ¿Y los niños? ¡Estupendos, estupendos! ¿Y tu madre? ¡Estupenda, estupenda, pero qué estupenda eres!

Tampoco Magna Maria resultaba nada divertida.

Cogió la costumbre de ir, cada domingo, a la montaña a hacer montañismo en verano y a esquiar en invierno, con Nebbia, Purillo y Raffaella.

Nebbia decía que no esquiaba bien, porque no tenía estilo ninguno y se caía como un saco. Ella y Nebbia discutían siempre un poco, desde que se conocieron de niños.

Raffaella se comportaba siempre como una gamberra, hacía los descensos gritando como un salvaje y con sus manos duras como el plomo daba unas palmadas brutales en la espalda de todo el mundo. Cuando estaba en la montaña, al aire libre, se liberaba más que nunca. Sobre todo se divertía gastándole bromas a Purillo, al que le pasaba el jabón cuando le pedía queso, o queso cuando le pedía jabón. O bien le metía por el cuello el erizo de las castañas, que traía a propósito de su jardín. Purillo, pacientemente, se desenredaba aquellos erizos de la lana del jersey. Eran bromas inocuas, un

poco tontas, de colegio.

A Purillo todos le tomaban el pelo, porque era muy fascista, y le hacían coplas cuando recibía a los jerarcas en la fábrica y se le disparaba el brazo con el saludo romano.

Purillo sonreía arqueando su pequeña boca, y apartaba la mano de Raffaella que le propinaba, dura como el plomo, un puñetazo en el estómago.

Hacia la noche, descansaban en el refugio, bebían vino caliente y cantaban:

*Oh, Linda, Linda, amor, mi amado bien,*
*mientras tú estás en casa, yo, al sereno.*

Era la canción de Nebbia.

Pero Nebbia quería siempre volver cuanto antes a casa, si no, encontraba a Pupazzina de morros. Cate entonces le tomaba el pelo porque tenía miedo de Pupazzina.

Dejaban el coche en Alpette, un pueblecito junto a la carretera. Era siempre el coche de Nebbia, porque Purillo guardaba su Issotta-Fraschini entre algodones.

Cate encontraba a Vincenzino todavía levantado, leyendo con el vaso de *whisky*. Ella probaba un pequeño sorbo, y pegaba un respingo, porque no estaba acostumbrada a aquel sabor tan fuerte.

—¿Cómo estás, encanto? —decía él.

Y seguía leyendo. Ella iba a cambiarse, sacaba un camisón de la cómoda. Tenía muchos camisones, le gustaban bonitos, finos, de seda bordada, de *chiffon*.

—¡Qué camisón tan bonito! —decía Vincenzino, y se iba también él a cambiarse.

Ella decía:

—Cuando era joven, mi madre me obligaba a llevar unos camisones de franela con flores, con las mangas largas, que no los podía soportar.

Y decía, ya medio dormida:

—Después de todo Purillo no es tan malo.

Porque estaba contenta, y se sentía muy tolerante, y amiga de todo el mundo.

Después empezó a ir a las fiestas, a los bailes. A veces la acompañaba Vincenzino. Si no, la acompañaba Purillo.

En el pueblo empezaron a decir que ella era la amante de Purillo. Ella lo sabía, porque se lo había contado su criada Pinuccia. Se lo contó a Vincenzino riendo:

—¡Yo con el Purillo!

Desde entonces el viejo Balotta, cuando ella venía a Casseta, la miraba torvo, y dijese ella lo que dijese, él le llevaba la contraria.

A veces venían a verla desde Borgo Martino sus hermanas, unas pollitas ya. Se quedaban también a dormir, y metían mucho ruido con los niños después de la cena. Pero ella solía estar invitada esas noches, y se vestía impaciente.

Vincenzino le decía:

—¿Por qué no te llevas contigo a tus hermanas?

Ella decía, poniéndose los pendientes:

—No, son demasiado jóvenes. Y además no las han invitado.

La verdad es que no quería llevarlas, por miedo a que las encontrasen un poco vulgares.

Decía:

—Además, tampoco tienen qué ponerse.

Vincenzino decía:

—Pues cómprales tú mañana un vestido.

A veces Nebbia venía a pasar con ellos la velada. A Pupazzina la dejaba en casa porque Cate y Pupazzina no se podían soportar. Nebbia discutía con Vincenzino de cosas de la fábrica; ellos dos estaban de acuerdo, en contra del viejo Balotta, que tenía ideas anticuadas.

Ella se aburría y esperaba que la conversación diese un giro a algo más divertido.

Decía:

—¡Qué aburridos sois!

—Calla un momento —le decía Nebbia.

Se trataban de tú, porque eran amigos de la infancia.

—La vida —dijo ella una noche a Nebbia—, es precioso. Aquella tarde se había divertido mucho en un té que dieron en Villa Rondine. Había conocido a un violinista, amigo de Xenia, que se alojaba aquellos días en Villa Rondine, un tipo bajito al que todos llamaban allí «maestro», excepto Xenia, que le trataba de tú.

—La vida —dijo Nebbia— es hermosa para mí y para Vincenzino, que tenemos cosas que hacer. Pero para ti debe ser una lata, sin hacer nada en todo el día.

—¿Yo no hago nada? —dijo ella.

—Bueno, ¿qué haces? —dijo Nebbia.

—¿Y tu mujer? ¿Qué hace tu mujer? —dijo ella.

—Mi mujer —dijo Nebbia— tampoco hace nada. Para los niños y la casa, contáis con las muchachas de servicio. Sois burguesas y vivís aburridas, como todas las señoras.

—¡Yo no soy una señora! ¡No soy una burguesa! No sé por qué, pero yo no soy una burguesa, ¡ni soñando!

Vincenzino soltó la carcajada.

—Y además —dijo ella—, aunque fuese una burguesa, no me importaría. Y no me aburro, porque me lo paso muy bien. Y de los niños, aunque tenga niñera, me ocupo yo, y los saco fuera, haga frío o calor. En cambio Pupazzina no los saca nunca, porque tiene miedo de que se resfríen. Además están palidísimos. A los míos jamás les ha dolido la garganta.

Había hablado sin parar, y se quedó sin aliento. Pero Nebbia no quería que se tocase a su Pupazzina.

Dijo: —Deja en paz a Pupazzina. ¿Qué te ha hecho?

—A mí nada —dijo ella, y se encogió de hombros.

Y luego dijo: —Hoy estuve en Villa Rondine. Ahora han puesto, en la entrada, dos angelotes grandes, de madera dorada. Los encontraron en un anticuario de la ciudad. Son horrendos.

—Nosotros —dijo— tendremos que mudarnos de casa, porque aquí estamos algo justos. Ni siquiera hay un cuarto de plancha y hay que planchar en la cocina. En Villa Rondine tienen un cuarto

de plancha grande, con armarios empotrados en la pared, con toda la ropa blanca ordenada. Y además hicieron nueva la cocina, con el suelo de mármol, una preciosidad.

—No pienso para nada cambiar de casa —dijo Vincenzino—, estoy muy bien aquí.

Esta discusión sobre la casa la tenían un día sí y otro no.

—Xenia —dijo ella— no es en absoluto antipática. Conmigo es siempre muy amable.

Mientras tanto Nebbia, como no le interesaba aquella conversación, se había quedado dormido, con la cabeza sobre el respaldo del sillón, y se le escapaba, mientras dormía, una lánguida sonrisa.

—¿Para qué vendrá, si después se duerme? —dijo Cate—. Qué aburrido se ha vuelto este Nebbia. Es un plomo.

En cuanto Nebbia se marchó, ella se fue a acostar; y mientras tanto Vincenzino daba vueltas todavía por la casa, cogía un libro, lo abría y husmeaba en él.

Ella pensaba en el violinista que había encontrado donde Xenia; y que se había quedado sentado todo el rato junto a ella en un taburete, y le había dicho que tenía una cabeza muy interesante y que se parecía a la *Primavera* del Botticelli.

Se llamaba Giorgio Tebaldi. Era muy corto de estatura, con el pelo gris, y al hablar cantaba un poco con la voz.

Era tan pequeño que ni siquiera le llegaba a ella a los hombros; y con tantas canas no debía ser ya nada joven.

No le gustaba. Sin embargo, habría querido quedarse allí eternamente, en el salón de Villa Rondine, oyendo aquella voz tan dulce, cantarina, que la acunaba.

Al recordarla, aquella voz le hacía como un maullido dentro, un maullido que la irritaba, aunque también la turbaba.

«¡Vivir es maravilloso, maravilloso! ¡Pero qué arriesgado! ¡Desde luego es arriesgado, pero qué maravilla!», pensó.

—Yo no soy para nada una burguesa —dijo a Vincenzino, que se había acostado junto a ella—, Nebbia no entiende nada. Su mujer sí que es una verdadera burguesa. Pero yo no.

—No, cariño —dijo Vincenzino.

Y se durmieron.

Al día siguiente Xenia le avisó para que acudiese de nuevo a Villa Rondine; Xenia y aquel violinista estaban en el jardín, bebiendo zumo de pomelo en unos vasos verdes.

Tenían que hablar en francés por Xenia, pero Cate se desenvolvía mal con el francés, y le daba vergüenza.

Después fueron al salón y Xenia se sentó al piano. Él se puso un pañuelo en el hombro, apoyó la barbilla en el violín, tensó los músculos de la cara y tocó *El Vals Triste* de Sibelius.

Xenia lo acompañaba al piano, con una mirada entre somnolienta e irónica de aquellos ojos suyos grandes, sin gracia, sombreados, y murmuraba la música con los labios cerrados.

Luego se fueron los tres a pasear al bosque, siguiendo a los perritos.

Al día siguiente, él vino a buscarla y fueron, ellos dos solos, en autobús, a la ciudad, al anticuario, porque ella le había dicho que le gustaban aquellos angelotes dorados, y quería unos iguales.

Pero no era verdad que le gustaban, lo había dicho para ser amable con Xenia, y porque estaba contenta.

En el anticuario no quedaban más angelotes de aquéllos, pero había en cambio una cabeza de negro, y él le dijo que era bastante bonita.

Ella la compró.

El anticuario quedó en enviársela. Fueron después a un café. Era un café lóbrego, vacío, se sentaron en un ángulo, al fondo, y él la miraba. Ella no sabía qué decir y retorcía, entre las manos, la bufanda.

Se sentía atrapada en su mirada, como en las mallas de una red; y sentía un deseo, como unas ganas enormes de escapar y, al mismo tiempo, de quedarse para siempre allí.

Él dijo, con aquella voz suya tan acariciante:

—Para mí es muy hermoso haberte encontrado.

Ella dijo, estúpidamente:

—No debe tratarme de tú.

De pronto se avergonzó de haberlo dicho. Miró el reloj y dijo que era la hora del autobús y había que irse.

Como el autobús iba lleno, sólo pudo sentarse ella, y él se quedó de pie, junto a la ventanilla.

Ella lo miraba un poco de lejos: pequeño, con su pelo gris, un abrigo claro demasiado amplio, la mano en el bolsillo con pinta de abstraído y un poco triste.

Entonces pensó que todos los hombres, si se los observaba un poco atentamente, tenían aquel aire indefenso, solitario, absorto, y eso a una mujer le produce lástima; y pensó que eso era muy arriesgado.

Él le pidió si podía subir un momento con ella, a tomar una taza de té.

Mientras tomaban el té en el salón, llegó Vincenzino. Como siempre que le presentaban una persona, Vincenzino echó los hombros hacia atrás, y puso aquella mirada suya aguda, un relámpago frío.

Se sentó y habló de música, mirando al vacío: un largo, interminable murmullo. Al poco rato, Giorgio Tebaldi se despidió.

Ella se fue a su cuarto, se echó sobre la cama; le entraron unas ganas enormes de reírse, y, al mismo tiempo, sentía terror.

«¡Qué pequeño es, qué pequeño es, qué pequeñito! —se decía, y reía para adentro—. Y no es nada guapo, es feo, está mejor Vincenzino, incluso Nebbia y Purillo».

Lo veía cuando se ponía el pañuelo en el hombro, apoyaba la barbilla en el violín y tensaba los músculos de la cara; y entonces no sabía por qué le daba lástima, con aquel violín, con aquel pañuelo.

Ella le había llamado maestro una sola vez; y se había sentido ridícula, porque no estaba acostumbrada a llamar así a la gente.

Al día siguiente llegó la cabeza del negro; la puso en el salón, en un estante. Vincenzino la encontró muy fea, y Nebbia la encontró horrenda. Pero Vincenzino le dijo, sin embargo, que, si le gustaba, podía dejarla allí, en el salón: él no fiscalizaba adornos ni cachivaches.

Al día siguiente, de nuevo Giorgio Tebaldi vino a buscarla, y fueron a pasear al campo.

De esa manera se hicieron amantes.

Duró pocos días; luego él se marchó. Le mandó dos postales: una de Verona y una de Florencia, sólo con la firma. Le había pedido permiso para escribirle alguna vez a la Lista de Correos, pero ella le había dicho que no.

«No ha sido nada, nada —pensaba ella—. Les sucede a muchas mujeres, a muchas. Y no es nada, no se ha enterado nadie, debo comportarme como si no hubiese sucedido».

Pero se cansó de la cabeza del negro, y la puso en el tabuco de los zapatos. También se aburrió de ir por Villa Rondine. Todavía volvió alguna vez, pues Xenia empezó a dar frecuentes tés y recepciones, y a ella le parecía descubrir una sonrisa vagamente irónica en sus ojos cansados, sin gracia, mientras le ponía zumo de fruta en un vaso verde, como aquel día ya lejano.

Una noche, mientras regresaban de Villa Rondine, dijo a Vincenzino:

—¿Sabes? Me enamoré un poco de aquel violinista.

—¿Qué violinista? —le dijo.

—Giorgio Tebaldi.

—¡Ah!

Después de un largo silencio, le dijo:

—¿Te acostaste con él?

—No —dijo ella.

Pero sentía una losa en el corazón, por haber mentido.

A veces, cuando estaba sola, se ponía a llorar y decía: «¿Por qué soy tan desgraciada?».

Y decía: «¡Si Vincenzino no fuese tan raro! ¡Si me hablase, si fuese distinto! ¡Si fuese distinto, más como todo el mundo! ¡Entonces yo misma sería una mujer distinta, más buena!».

Después comenzó a acostarse con todos los que se le ponían por delante. Incluso se acostó con Purillo. Con Nebbia no, no se acostó nunca, porque no se le pasaba por la cabeza acostarse con Nebbia, porque él le tenía apego a Pupazzina.

Vincenzino lo sabía todo. Y ella veía bien que supiese todo; y lo odiaba, porque lo sabía y, sin embargo, seguía siendo el mismo de siempre, paseándose solo, bebiendo *whisky*, escribiendo proyectos para la fábrica y leyendo libros en los que sepultaba su nariz.

Después de la guerra, Vincenzino y Cate se separaron. Los niños los tenían en Roma, en un colegio.

Durante el tiempo que duró la guerra, Cate y Xenia, con sus hijos, estuvieron en Sorrento. La idea de Sorrento la tuvo Xenia; una idea feliz, porque de hecho la guerra no pasó por allí.

Luego Cate y Xenia discutieron por unas sábanas. Pero era un pretexto, porque sus relaciones se habían deteriorado de un tiempo a esa parte por motivos inescrutables.

Cate dejó Sorrento y alquiló, en Roma, una casa en la avenida Parioli.

Mario volvió de la cárcel de Alemania con los pulmones hechos trizas y enfermo del estómago. Él y Xenia volvieron a Villa Rondine. Xenia hizo venir de Suiza a un médico homeópata; lo tuvo fijo, en la casa, para que curase a Mario.

Ese médico lo trataba con dosis minúsculas de un polvo verde, y luego con unas píldoras blancas, y le había prescrito una dieta de hortalizas crudas, que Xenia trituraba en un molinillo eléctrico que se había puesto de moda y que se llamaba «Gogò».

Mario estaba contento.

Sin embargo, murió a los pocos meses, siempre contento y lleno de fe en el médico, con el cual se pasaba el día jugando al ajedrez. El médico, los últimos días, se asustó y le llevó a una clínica de la ciudad, donde murió.

Xenia dejó Villa Rondine, a donde se vino a vivir Purillo. Xenia se quedó en la ciudad con sus hijos y se casó con el médico suizo, aunque todavía sigue llevando luto y manda a buscar docenas y docenas de huevos al pueblo, porque los de ciudad no le parecen lo suficientemente frescos.

Raffaella, que estuvo de partisana, no conseguía habituarse de nuevo a vivir de una manera tranquila. Se afilió al partido comunista, y daba vueltas por el campo en bicicleta, cargada de panfletos. Tommasino estaba en el colegio en Salice, y volvió al pueblo al acabar el liceo, un chico alto y delgado, con sus dieciocho años.

Tommasino y Raffaella se fueron a vivir juntos a un pequeño piso en el centro del pueblo, detrás de la fábrica. Comían en el restaurante de la Concordia. Pero Purillo les dijo que podían hacerse una buena casa.

Raffaella no quería y decía que ese dinero no era en absoluto de ellos, sino de los obreros.

Sin embargo, Raffaella y Tommasino se hicieron una casa. Una casa muy moderna, completamente redonda, con el techo plano, con una escalera exterior circular, como la de los barcos. Está allí, sobre Villa Rondine, en la cima de la colina.

Raffaella se compró un caballo, porque tenía la manía de los caballos desde pequeña.

Tommasino se matriculó en la facultad de agrícolas y vivía en la ciudad. Venía al pueblo el sábado. Raffaella dejó el partido comunista y se afilió a un pequeño partido de comunistas disidentes, que tenía sólo tres militantes en toda la zona.

Vincenzino, en cambio, era de la izquierda cristiana.

Vincenzino había hecho la guerra en el frente griego, lo hicieron prisionero y lo llevaron a la India. Volvió a Italia más de un año después de acabada la guerra. Cate y los niños estaban en Roma.

Mandaron a los niños a un colegio. Ahora ya eran unos mozos. Cate y Vincenzino se pusieron de acuerdo en no volver a vivir juntos.

Cate en esa época se había cortado el pelo y lo llevaba muy corto, cepillado hacia atrás. Se le había puesto una cara afilada, dura, con la boca un poco plegada hacia abajo.

Vincenzino seguía lo mismo. Lo único es que llevaba gafas, para leer, porque tenía vista cansada.

Llegaron juntos al pueblo. Cate se quedó en el Concordia, y él se fue a dormir a Casa Mercanti. En ese momento ya no se consideraban marido y mujer. Eran muy educados uno con el otro; sólo de vez en cuando, y con el menor pretexto, estallaban y discutían.

Raffaella fue al Concordia a buscar a Cate.

Cate quiso ir al cementerio a llevar flores a Balotta, a la señora Cecilia. Fueron ella y Raffaella. Balotta y su mujer están enterrados allí los dos, en una tumba con una cúpula, casi una pequeña villa, rodeada por árboles. Balotta había comprado aquella tumba hacía mucho, cuando se puso malo de la

vesícula.

Cate lloraba, sonándose fuerte la nariz en un pañuelo muy pequeño. Su madre también había muerto, durante la guerra, en Borgo Martino. Las hermanas, casadas, vivían fuera. La papelería desapareció y en su lugar pusieron un garaje.

Fueron luego a Le Pietre. Allí estaba Barba Tommaso, siempre fresco, sonrosado, lustroso, pero chocho del todo. No reconoció a Cate y le preguntaba a voces a Raffaella:

—¿Quién es, quién es?

Magna Maria estaba en la cocina, con Pinuccia, la criada, que entonces estaba con ellos.

Cate y Pinuccia se abrazaron.

Magna Maria le sacó la mistela y unos higos, mientras decía:

—¿Te has cortado el pelo? Estás estupenda, estás estupenda.

Lo decía, pero con menor firmeza que antes.

A la vuelta, Cate pidió a Raffaella que le dijese el sitio, en Le Pietre, donde habían asesinado a Nebbia.

Fueron. Hay una roca grande, alta, picuda, manchada de líquenes. Lo habían matado allí mismo.

Cate lloraba. Y lo acariciaba todo, la roca, los árboles del alrededor y la mata donde habían encontrado el sombrero. Miraba, lo acariciaba todo y lloraba.

No tenía ganas de ver ni a Gemmina ni a Purillo. Por eso volvieron por la carretera principal, evitando pasar por Casseta, a lo largo del bosque de Villa Rondine.

Cate seguía llorando. Raffaella dijo:

—¡Hija, cuánto lloras! ¡Pareces una fuente!

Sin embargo, la llevó a su casa, le dijo que se echase en la cama y le trajo una bolsa de agua caliente y una aspirina.

Cate dijo:

—¿Por qué se ha echado a perder todo, todo?

—¿Qué es lo que se ha echado a perder? —dijo Raffaella.

Quiso llevarla a la cuadra a ver el caballo, antes de que se fuese. Pero Cate entendía poco de caballos. Sin embargo, lo miró sonriendo, por complacerla, y dijo que tenía un color de pelo muy bonito. Le rozó la cola con un dedo. Pero el caballo hizo un extraño, golpeó el suelo con la pata, y ella se asustó.

—Siempre fuiste muy miedosa —dijo Raffaella—. ¿Te acuerdas cuando íbamos a la montaña y te temblaban las piernas al bajar y Nebbia se enfadaba?

—Sí —dijo Cate.

—¿Y cuando íbamos al río con los niños y yo quería que se zambulleran, y tú tenías miedo?

—Sí —dijo Cate, y empezó otra vez a llorar.

—Basta, por el amor de Dios —dijo Raffaella.

En eso llegó Vincenzino a buscarla; ella se limpió la cara, se despidió de Raffaella y se alejó por el camino que llevaba a Casa Mercanti.

—¡Qué pueblo tan horrendo! —dijo Cate—. ¡Es horrendo! ¡Un pueblo tan estúpido! No me explico cómo pude vivir aquí tantos años.

Tenían que inventariar los muebles, vaciar los armarios, contar las cosas que eran de él y de ella, contar los cubiertos, los platos.

Vincenzino se puso las gafas y comenzó a apuntar en una libreta.

Cate, arrodillada en la alfombra, se puso a contar los tenedores, las cucharas.

—Estas cucharas me importan un bledo —dijo de repente.

—Pues ya ves a mí, menos aún —dijo él.

—¿Entonces para qué las contamos?

—Porque hay que hacerlo —dijo él.

Ella dejó escapar un suspiro, y volvió a empezar.

—¿Qué harás con la casa? —le preguntó ella—. ¿Vendrás a vivir con alguien?

—No lo sé —dijo él.

—Es una casa preciosa —le dijo ella—, aunque a veces no me gustaba, cuando vivíamos aquí, y quería buscar otra y tú no querías. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Era estúpida —dijo ella—, era estúpida porque era joven, sólo por eso.

—Me ponía muy triste —dijo— ver todas esas coles desde la ventana de nuestra habitación. Ahora en aquel trozo de tierra ya no hay coles, ¿qué es lo que han empezado a construir, una nave o qué?

—Allí, sentado en aquel sofá, por la noche, estaba Nebbia —dijo—. Allí estaba, parece mentira, ¡tenerlo allí, adormilado, y ahora sin que podamos tenerlo más!

—La felicidad —le dijo él— siempre parece mentira, es como el agua, y se comprende sólo cuando se ha perdido.

—Es verdad —le dijo ella. Se quedó pensativa, y dijo:

—Incluso el mal que hacemos, es así, parece mentira, parece una tontería, agua fresca, mientras lo hacemos; si no, la gente no lo haría, tendría más cuidado.

—Eso es verdad —dijo él.

Ella le dijo:

—¿Por qué lo hemos echado a perder todo, todo?

Y se puso a llorar.

Dijo: —¡No puedo irme de esta casa! ¡Aquí crecieron mis hijos y aquí he pasado muchos, muchos años! ¡No puedo, no puedo irme!

Él le dijo:

—¿Te quieres quedar entonces?

Y ella dijo: —No.

Y al día siguiente se fue.

Vincenzino se quedó solo.

Durante un tiempo se quedó en Casa Mercanti; luego se mudó a la casa donde vivían Tommasino y Raffaella, en la cima de la colina.

Iba a Roma una o dos veces al mes, en coche, a ver a sus hijos. Cate estaba en Roma, en su apartamento del paseo Parioli. No se veían jamás.

Llevaba a sus hijos dulces y regalos. Una vez les llevó también una flauta. Pero a ellos nos les interesaba la música y, en cambio, les gustaba la mecánica, los motores.

La izquierda cristiana se disolvió y él ya no pertenecía a ningún partido. Escribió un libro sobre el tiempo que estuvo en la cárcel en la India, y obtuvo un éxito clamoroso.

Se quedó sorprendido, y también contento; pero en ese mismo momento dejó de pensar en ello.

En ese momento, en la fábrica, mandaba él solo. Tenía las manos libres, podía hacer lo que le diera la gana. Tenía muchos proyectos en la cabeza y podía llevarlos a cabo. Tenía en la cabeza un mundo de cosas.

Estaba siempre igual, siempre con sus rizos rubios, espesos y tupidos como una alfombra. No tenía ni una sola cana. No obstante, se volvió una persona muy segura, un poco cansada, seria, de esa clase de hombres que gusta a las mujeres.

Podría incluso haber tenido todas las que hubiese querido. Pero no quería ninguna.

Cuando iba a la ciudad, a veces acababa en casa de Xenia, para pasar la velada. Jugaba al ajedrez con el médico suizo con el que se había casado Xenia; y bebía *whisky.* Ese médico le daba consejos para el hígado, que se estaba echando a perder a fuerza de *whisky,* y le daba, en unos sobrecitos, minúsculas dosis de aquel polvo suyo verde.

En el pueblo, a veces, pasaba las tardes con Purillo, y se extrañaba de que le gustase pasar el rato así, con sus viejos enemigos: Xenia y Purillo.

Purillo, después de que volvió de Suiza al acabar la guerra, siguió teniendo mucho miedo; tanto, que antes de volver esperó un tiempo, sin terminar de decidirse. Al principio se quedaba encerrado en Villa Rondine, y no ponía jamás los pies en la fábrica. Estaba delgado, consumido por el miedo, y se quedaba en casa con la boina calada y el abrigo puesto, pues en Villa Rondine el agua de los radiadores se habla helado y las calderas habían estallado: había que encender las estufas de leña que no tiraban y calentaban poco.

Le deprimía la desgracia de haber sido fascista, le parecía una estupidez enorme, imperdonable, que había marcado toda su vida. A veces hablaba de suicidarse. Vincenzino tenía que consolarlo y tranquilizarlo.

Le rogaba a Vincenzino que dijese a todo el mundo que él, Purillo, había salvado a Balotta, sacándolo del pueblo. Los fascistas habrían matado al viejo Balotta si él no lo hubiese llevado a Cignano.

—En el pueblo eso lo saben —decía Vincenzino.

Y se le quedaba mirando, con aquella boina, las mejillas mal afeitadas, la nuez sobresaliéndole del cuello desabotonado, las manos blancas y llenas de pelos. Le había odiado mucho, ¡había gastado mucho odio en aquellos bigotes, en aquella boina, en aquella nariz aquilina, había desperdiciado mucho odio, y también mucho miedo de que le arrebatase la fábrica, el poder, el afecto del padre o quién sabe qué! Ahora, de todo aquel odio no quedaba nada; y también eso era triste.

Raffaella venía siempre a ver a Purillo; le encendía las estufas, que se habían apagado, y le pedía consejos para el caballo. Purillo decía que él de caballos no entendía, pero que dé joven tuvo un

amigo que tenía unas cuadras.

A Raffaella también le decía que quería suicidarse, porque se había equivocado, y su vida ya no tenía ningún sentido.

Raffaella decía:

—¿Estás loco? ¿No querrás matarte en serio? ¡Déjalo ya!

Y le daba una palmada en la espalda con su mano dura como el plomo.

Le decía:

—¡No eras tú sólo el fascista! ¡Italia estaba llena!

Y después le decía:

—Afíliate a mi partido.

—¿Yo, comunista? ¡Jamás!

—¿Pero no te has enterado de que ya no soy comunista? —decía Raffaella—. Soy trotskista. De Trotsky. Pero a ti quizá ni te suene quién era Trotsky.

Poco a poco, Purillo fue levantando cabeza; y volvió a trabajar en la fábrica. Volvió incluso a frecuentar a la gente, los Sartorio, los Terenzi, los Bottiglia.

No quiso afiliarse a ningún partido. Decía que la política le daba náuseas. Sin embargo, por la noche, en casa del general Sartorio, a veces se lanzaba a decir:

—Con todo, Mussolini era un hombre de una pieza.

Y enfilaba los pulgares en el chaleco:

—Lástima que se aliase con los alemanes —decía—. Si no se hubiese aliado con los alemanes, las cosas habrían ido muy, pero que muy de otra manera, y si Italia, como Suiza, se hubiese hecho neutral.

Y empezaba a hablar de Suiza, donde había pasado mucho tiempo, y que decía conocer como la palma de la mano.

Volvió a dar vueltas por las casas de labranza, como antes de la guerra, con una u otra excusa, y a acostarse con todas las criadas. En el pueblo tiene fama de ser un gran donjuán.

En el pueblo, cuando ven una criada con un niño en brazos, dicen:

—Ése es de Purillo.

Le adjudican centenares de hijos.

Luego empezó a correr la voz de que se casaba con Raffaella. Se quedaron estupefactos.

—¡Purillo con Raffaella!

—¡Pobrecilla —decían—, pobre Raffaella! ¡Qué desgracia!

Vincenzino se enteró por Gemmina, y también se quedó estupefacto, y luego se puso furioso, habría hecho pedazos todo lo que se le hubiese puesto por delante.

Raffaella y Vincenzino vivían en la misma casa, y comían y cenaban todos los días juntos. Y, sin embargo, ella no le había dicho nada.

—Purillo —dijo Gemmina— eso debía tenerlo ya pensado y calculado de sobra. Quizás desde cuando vivían mamá y papá.

Y dijo: —Menos mal que no está aquí el viejo Balotta y no ve una cosa así.

Gemmina a veces, cariñosamente, llamaba Balotta a su padre.

Y dijo: —Purillo es como las serpientes, que tienen la vista larga.

—No sabía que las serpientes tuvieran la vista larga —dijo Tommasino, que también estaba allí.

Vincenzino le dijo a Raffaella esa noche:

—¿Es verdad que te casas con Purillo?

—Sí —dijo ella.

Ahora que la tenía delante ya no estaba furioso. Sentía sólo un malestar, una desazón.

Dijo: —¿Pero por qué?

Ella dijo: —Porque estoy enamorada de él.

Pensó que cuando él se casó con Cate no estaba enamorado de ella, y que tenía por otra parte en la cabeza unas teorías muy raras. Y se calló.

Pero toda la noche, en la cama, estuvo dando vueltas entre las sábanas, y decía: —¿Pero cómo se va a haber enamorado de Purillo?

Pero no se tranquilizaba y todavía le preguntó a Tommasino, mientras se afeitaba, en el baño, a la mañana siguiente:

—¿Pero cómo se va a haber enamorado de Purillo?

Tampoco Tommasino se lo explicaba.

Después, poco a poco, dejó de pensar en ello. ¿Por qué preocuparse por los demás? Que cada uno hiciese lo que le pareciera bien.

A Raffaella le regaló, como regalo de bodas, una nevera. Empezaban a ponerse de moda, pero aún, en el pueblo, no había ninguna.

Raffaella se fue a vivir a Villa Rondine. Quería llevarse consigo el caballo, pero Purillo se lo prohibió. ¿Dónde meterlo en Villa Rondine? En Villa Rondine no había cuadra.

El caballo se quedó en Casa Tonda, Casa Redonda; así llamaba Raffaella a la casa, en la cima de la colina.

Se quedó allí durante un tiempo, atendido por los hijos de la guardesa. Al principio Raffaella iba casi a diario a verlo; luego se olvidó.

Terminaron por venderlo.

Raffaella y Purillo tuvieron un niño, que se llama Pepè.

Raffaella, como madre, es muy aprensiva. Lo saca a pasear embutido en lana. Y no hace otra cosa que ponerle y quitarle chaquetitas y pantaloncitos. Ni soñando se le ocurre zambullirlo en el agua helada del río, como hacía, hace muchos años, con los hijos de Cate y Vincenzino.

Vincenzino y Tommasino hablaban a veces ellos dos solos. Vincenzino se encariñó con aquel hermano más pequeño. Le contaba cosas que jamás le había dicho a nadie.

Empezaba normalmente por la noche, después de la cena. Miraba al vacío y empezaba a hablar con aquel largo y lento murmullo suyo.

A veces hablaba de Cate. Tenía del conjunto de su relación una idea extraña.

Contaba lo de aquel día que había visto a Purillo, cuando todavía era un niño, matando a cantazos a un perro.

Era cosa sabida que a Purillo no le gustaban los animales. De hecho, no había querido el caballo.

Según Vincenzino, aquella fuerte impresión que había padecido de pequeño, a causa del perro

muerto a pedradas, le había generado en el alma una gran aversión a la crueldad.

Y por aversión a la crueldad, él había dejado que Cate pudiera separarse de él, para no obligarla, para que no sufriese, para no destrozarla y para que no sufriese.

Y así es como la había perdido.

Aquella complicada educación no le convenía demasiado a Tommasino. Pero accedía, porque a Vincenzino no le gustaba mucho que le llevaran la contraria, cuando se le metía una cosa en la cabeza.

Decía Vincenzino que ahora sentía muchas veces remordimientos por lo que le había hecho a Cate. Porque sabía de sobra que, sin quererlo, la había destrozado y hecho sufrir.

Y muchas veces, resonaban en su memoria las palabras de ella, que decía:

«Pero ¿por qué, por qué lo hemos echado a perder todo?».

Muchas veces, por la noche, no podía dormir y la oía lamentarse así.

Hablaban hasta tarde y bebían *whisky*. Luego iban a acostarse; y Vincenzino, en su habitación, en el piso de arriba, se metía en una cama abatible, donde podía leer a gusto, sentado, antes de dormirse, y que se lo había copiado a Purillo.

Vincenzino conocía ahora a mucha gente en la ciudad. Pero en el fondo, con el que tenía ganas de estar era con Tommasino, y nada más. O con cualquiera de su familia. Con Raffaella o Gemmina, y hasta con Magna Maria.

Quizás porque esas personas habían conocido todas a Cate; y las otras de la ciudad no la habían conocido nunca.

Se puso a escribir un nuevo libro. Tenía muchos proyectos, muchas ideas.

Tuvo un accidente de automóvil, cuando iba a Roma a ver a sus hijos. Iba solo. Empezaba a oscurecer, y llovía; y el coche derrapó en el asfalto.

Lo encontraron poco después unos de un pueblo, volcado sobre el volante, y llamaron a una ambulancia.

Murió en el hospital. Purillo, al que avisaron por teléfono, llegó a tiempo de hablar con él. Tommasino no, no llegó a tiempo.

Tommasino come solo, con el libro apoyado en el vaso. Viene a darle de comer Betta, la guardesa.

Betta sale y entra de la cocina, baja, gorda, ancha, con su vestido de percal de lunares blancos.

Betta dice:

—¿Entonces te ha gustado el bistec, Tommasino?

Como lo conoce desde pequeño, Betta lo trata de tú.

—Y para mañana —dice Betta—, para mañana, como todavía queda añojo, lo corto en trozos, en taquitos, y que se haga poco a poco con cebolla.

Dice: —Ahora termino los platos, luego barro, y después lavo aquellos dos paños. Y después pongo a remojo las judías, de manera que mañana, cuando venga, las pongo a cocer con un poco de perejil, ajo y panceta curada. ¿Eh?

Tommasino se sentó en el sofá, con un libro, junto a la lámpara.

—¡Siempre solo, qué lástima! —dice Betta—. Deberías buscar una chica guapa. Eres rico, eres guapo, eres joven, y aquí en el pueblo hay muchas chicas guapas, ricas, buenas, que te están esperando.

Dice: —¿Quieres que te traiga el cacharro, Tommasino?

El cacharro es un magnetófono. Tommasino cuando se queda solo, por la noche, y si le vienen ideas, habla en el magnetófono.

Luego se lo lleva a su cuarto a la cama, porque cuando está en la cama y está a punto de dormirse, todavía le vienen más ideas.

El comedor en Casa Tonda es grande, con ventanales. Está casi vacío, porque a nadie se le ha ocurrido nunca poner divanes o cuadros.

—Yo —dice Betta—, si fuese rica como tú, pondría aquí un aparador, y un bonito trinchero ahí, contra la pared. Con los platos esto es un trajín, y tengo que ir a buscarlos a la cocina.

Se ve, a través de los cristales, la colina toda pelada y, a continuación, los árboles de Villa Rondine, el pueblo, las luces de Castello y de Castel Piccollo, y el cielo de noche.

Dice Betta: —Un chico como tú no debería nunca estar solo. Un chico como tú, tan rico, debería tener amigos, chicas y mucho alboroto.

Dice: —Si yo tuviese mucho dinero, no me quedaría aquí. Me iría por ahí, a disfrutar del mundo, a viajar. No me quedaría nunca encerrada, viajaría siempre.

Dice: —La fábrica te la ha soplado el Purillo. Tienes dinero de sobra, pero mandar, manda él. Cuando lleguen aquí los hijos de Vincenzino, ya mayores, no tendremos nada, porque será todo de Pepè.

Dice: —Pero eso mucho a ti no te importa, así no tienes preocupaciones, y el dinero a fin de mes lo ves lo mismo.

Dice: —Tú eres bueno, fino, educado, y no tienes madera para enfrentarte con Purillo.

Dice: —Ahora me voy a mi casa, me pongo junto a la estufa, entro en calor y me arreglo un vestido. Es un vestido marrón, viejo, no es muy feo, pero ya no me gusta. Eso es lo que he pensado. Lo descoso, y como Magna Maria me dio unos retales de seda roja, yo con esos retales le hago unas mangas nuevas, con sus puños y el cuello.

—Una buena idea —dice Tommasino.

—Y los botones, ya compré la matriz; luego los llevaré a Cignano para que los forren.

—¿Qué matriz dices que has comprado?

—Esa especie de bolita negra para botones.

—Ah.

—Y el cuello lo voy a hacer redondo, a la caja.

—Bien.

—Entonces, buenas tardes y hasta luego, Tommasino.

—Hasta luego.

Tommasino se queda allí y se enrosca el pelo con los dedos. Después se lo echa hacia atrás, va a la máquina de escribir y aporrea una palabra cualquiera.

Luego se levanta, se pone el abrigo, sale de casa, baja la colina. Tiene un abrigo viejo,

demasiado corto, con los puños gastados, con los bolsillos deformados. Gemmina desde hace tiempo le viene diciendo que tiene que hacerse un abrigo nuevo.

Guarda el coche en el garaje del Concordia. El coche no sube a la Casa Tonda, no hay manera.

En el bar del Concordia toma un vermut *Martini,* porque allí no hay mucho donde escoger.

Se mete en el coche y va al cine, en Cignano.

Echan *Tinieblas de fuego.*

Se queda allí, al fondo de la sala casi vacía, con el cigarrillo, las solapas del abrigo levantadas, las manos en los bolsillos.

En el bar de Cignano toma un *Bisleri.*

Todos lo conocen, lo saludan. Él responde llevándose la mano a la frente, en una especie de saludo militar, pero nada marcial. Es un saludo que se le quedó del colegio.

Vuelve a casa, se pone un pijama, da una vuelta descalzo por la cocina, mira dentro de una cacerola, donde están a remojo las judías.

Luego se sienta en la cama, con la máquina de escribir en las rodillas, y aporrea otra palabra.

Luego se rasca con fuerza la cabeza, bosteza, arruga la nariz, y se mete debajo de las mantas.

Tiene, en la mesilla de noche, el magnetófono. Dice algo, escucha su propia voz, que balbucea indecisa en el magnetófono, extraña y lastimosa presencia en la casa vacía.

Coloca la cabeza en la almohada, apaga la luz, y se duerme.

Tommasino pasa así casi todas las veladas. O va a Villa Rondine. O, alguna vez, acude a alguna fiesta y baila con las chicas, si es un vals. No sabe bailar otra cosa, sólo el vals.

En Villa Rondine hizo que Raffaella se enfadara, porque había hecho rabiar a Pepè.

Villa Rondine no ha cambiado mucho desde los tiempos de Xenia y Mario. Xenia al irse se llevó todos los muebles, pero Purillo compró unos parecidos, porque Purillo no tenía, como decía siempre Vincenzino, personalidad ninguna.

Purillo está allí con Borzaghi, en un rincón del salón y juegan al ajedrez.

Sin embargo, Purillo pregunta a Tommasino:

—¿Cómo van tus estudios de programación lineal?

Y Raffaella pregunta:

—¿Qué es eso de la programación lineal?

—La programación lineal es como una línea que va derecha de los bienes de producción a los bienes de consumo. Derecha.

Tommasino lo explica, colorado, porque está Borzaghi, y le gusta que Borzaghi escuche.

Explica, ayudándose con los gestos de sus largos dedos, blancos, delgados, y un poco azorado, por qué le gusta la programación lineal; y le da vergüenza hablar de eso en voz alta.

Raffaella dice: —No he entendido una sola palabra.

Y le dice: —Tommasino, ¿por qué no te afilias a mi partido?

Su partido sigue siendo el de los comunistas disidentes. Pero ahora piensa poco en ello, y se acuerda sólo de vez en cuando, más que nada, para molestar a Purillo, al que los comunistas, disidentes o no, le dan dolor de estómago. Piensa poco en ello, porque ahora sólo piensa en Pepè.

Dice Raffaella:

—Tú, Tommasino, seguramente eres muy listo. Qué lástima que seas tan desordenado. ¿Por qué no te casas?

—No tengo ganas —dice Tommasino.

—Se ha casado con la programación lineal —dice Purillo.

Y guiña el ojo a Borzaghi, que sonríe por educación.

Tommasino va casi todos los días a la fábrica.

A veces no encuentra nada que hacer allí. Tiene un despacho bonito, una mesa bonita, un teléfono con muchos botones rojos y verdes, una poltrona giratoria, en la que, de vez en cuando, da una media vuelta.

Tiene una gran carpeta de cuero repujado, toda forrada de papel secante, una pluma metida, tiesa, en el portaplumas, un bloc de notas, un lápiz sujeto a una cadenita.

En el papel secante hace unas péndolas con la pluma.

En el bloc de notas escribe:

«Matriz de los botones. Bolita negra».

Y luego inclina la cabeza sobre la mesa, se aprieta con los pulgares los párpados y piensa en la programación lineal, una línea que va derecha del productor al consumidor, derecha.

Tommasino y yo nos encontramos todos los miércoles en la ciudad.

Me espera delante de la biblioteca «Selecta». Ahí está, con su abrigo viejo, un poco raído, con las manos en los bolsillos, apoyado en la pared.

Me saluda llevándose la mano a la frente y apartándola, con blanda gravedad.

Nos vemos sólo en la ciudad. En el pueblo evitamos encontrarnos. Él lo quiere así.

Llevamos ya meses y meses encontrándonos así, el miércoles, y a veces el sábado, en la esquina de la calle; y hacemos siempre las mismas cosas, cambiamos los libros en la biblioteca «Selecta», compramos galletas de avena, compramos para mi madre quince centímetros de *gros-grain* negro.

Y vamos a una habitación, que tiene alquilada, en Via Gorizia, en el último piso.

Es una habitación con una mesa camilla en el medio, cubierta con un tapete, y sobre la mesa una campana de cristal que protege ramas de corales. Hay también un infiernillo detrás de una cortina, donde podemos, si queremos, hacernos un café.

Él me dice, a veces:

—Te advierto que no me voy a casar contigo.

Yo me echo a reír y le digo:

—Lo sé.

Dice: —No tengo ganas de casarme. Si me casara, quizás me casaría contigo.

Y dice: —¿Te basta?

Digo: —Y me sobra.

Son las mismas palabras que utiliza nuestra criada Antonia cuando mi madre pregunta si hay bastante queso.

—¿Y la programación lineal? —le digo.

—Gracias —dice—, bien.

Está tumbado, con las manos entrelazadas en la nuca, con su cara delgada, delicada, y su boca seria.

Me pregunta, a veces:

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Y tú? ¿Y las chicas de Bottiglia?

Volvemos al pueblo en el último autobús, el de las diez de la noche.

Se sienta lejos de mí, al fondo, con las solapas levantadas, mira fuera por la ventanilla.

Bajamos en la plaza, delante del Hotel de la Concordia, y me saluda con su forma habitual. Y cada uno toma una dirección distinta, él por la calleja escarpada que conduce a la Casa Tonda, yo por el sendero que bordea el bosque del general Sartorio.

Ceno un poco en la cocina, mientras mi madre me mira.

Dice: —Hoy he estado mejor, pero hace un rato sentí como un vacío en el estómago, y me tomé una galleta.

Dice: —¿Me has traído las galletas de avena?

Mi madre, cuando repasa mentalmente los hombres del pueblo con los que me podría casar, pasa por alto a Tommasino.

Quizá lo encuentra demasiado rico; bastante inalcanzable. Y luego lo encuentra raro, encuentra que va vestido como un pobre, y que siempre está pálido, y que debe tener mala salud.

Y dice que todos los hijos de Balotta, por una cosa o por otra, vivos o muertos, siempre fueron extravagantes, con ideas descabelladas, y que atraen las desgracias.

Cuando me mira, mientras ceno en la cocina, el miércoles por la noche, qué lejos está mi madre de imaginar que yo y Tommasino, unas horas antes, estábamos juntos, en Via Gorizia, en el último piso.

Mi madre tampoco sabe que exista Via Gorizia. Raras veces baja a la ciudad.

La tía Ottavia le dice:

—¿Por qué no vamos a la ciudad alguna vez?

Y mi madre dice:

—¿A hacer qué?

A veces Tommasino está de un humor sombrío, y no habla.

Le propongo entonces dar un paseo; y andamos mucho rato, en silencio, por el parque, junto al río.

Nos sentamos en un banco; detrás de nosotros está, en medio del parque, el castillo, con sus torres rojas, las agujas y el puente levadizo: y a un lado la terraza acristalada del restaurante, desierto a esa hora, pero con dos camareros que esperan de todos modos entre las mesas, con el

trapo de limpiar debajo del brazo.

Y el río, delante de nosotros, está silencioso, con sus aguas verdes, con las barcas amarradas a la orilla, con la caseta del embarcadero construida sobre los palafitos, la escalera de madera donde baten las olas.

Él me hace una caricia en la cara. Me dice:

—¡Pobre Elsa!

—¿Por qué pobre? —digo—. ¿Por qué te doy pena?

—Porque diste conmigo, que soy un infeliz.

—Sin embargo —le digo—, siempre tendrás la programación lineal.

—Eso sí, siempre la tendré —dice, y se ríe.

Caminamos, durante mucho tiempo, junto al río. Él mira alrededor, y dice: —Esto es igual que el campo. Venimos a la ciudad, pero luego siempre terminamos buscando el campo, ¿no crees?

Le digo: —¿Por qué fingimos que no nos conocemos cuando estamos en el pueblo?

Dice: —Porque somos raros.

Dice: —Por tu reputación. Como no me voy a casar contigo, no debo comprometerte.

Me echo a reír, y digo: —Mi reputación me da risa.

Se enrosca el pelo con los dedos y se queda pensativo.

—En el pueblo —dice—, no me siento libre. Siento un gran peso encima.

—¿Qué es lo que te pesa?

—Me pesa —dice—, todo, Purillo, la fábrica, Gemmina, y también los muertos.

—Me pesan, oye bien, hasta los muertos.

—Tarde o temprano —dice—, planto esto y me largo.

Y yo le digo: —¿Me llevarás contigo?

—Creo que no.

Caminamos un rato más, en silencio.

—Tú —me dice— tienes que encontrar alguien que se case contigo. Quizás no ahora mismo, dentro de un tiempo.

Dice: —No tienes ninguna necesidad de casarte ahora mismo. ¿Qué prisa hay?

—También estás bien conmigo así —dice.

—¿Así, el miércoles y el sábado? —digo.

—Sí, así, ¿no?

—Ahora —digo—, tenemos que volver, va a salir el autobús.

Y regresamos, volvemos a cruzar el parque, bordeamos los muros del castillo, pasamos el puente que se estremece bajo las ruedas del tranvía.

—No digo que esto sea lo ideal para ti —dice.

—¿Y para ti? —le digo—. ¿Es lo ideal para ti?

—Yo —dice—, yo no tengo ideales.

Me río, y le digo: —Pobre Tommasino.

—¿Por qué pobre, con todo el dinero que tengo?

Era por la mañana, me acababa de levantar y me asomé al balcón; y vi a la señora Bottiglia, que había cogido una azada y cavaba los arriates.

—¡Eh! —me dijo—, ¡hola!

La señora Bottiglia es alta y delgada, con una cara arrugada, morena, gafas grandes con montura de concha, mandíbulas cuadradas.

Se había puesto un sombrero de paja, un delantal, y llevaba, en los pies, sin medias, zapatillas.

Dijo: —¿Qué le ha dicho el médico a tu madre?

—Tensión alta —dije.

—¿Eh?

—Tensión alta.

—Alta, alta —dijo mi madre asomándose—. Altísima.

—Ya sabes —dijo la señora Bottiglia—, fuera la carne.

Mi madre le dijo que entrase a tomar un poco de café con nosotras.

—Ayer —dijo mi madre—, noté en la garganta como un pipo duro, que me raspaba. Esta mañana parece que estoy bien.

Se habían sentado las dos en la cocina, y mi madre servía el café con la cafetera, que la tiene vestida con una capucha de punto.

—Con la tensión —dijo la señora Bottiglia— no deberías tomar café. Fuera carne y fuera café.

A mi madre le gusta el café.

—¿Y qué voy a tomar entonces por la mañana? Por la mañana, cuando me levanto, tengo el estómago frío como el hielo.

—¿Cómo haces para estar sin medias? —dijo. La señora Bottiglia levantó un pie, y se miraba la pierna bronceada, la pantorrilla atravesada por una vena hinchada, de color azul celeste.

—Además tienes una varice —dijo mi madre—. Estás loca, salir así por la mañana, con el frío que hace.

—No es una varice —dijo la señora Bottiglia, tocándose la vena con el dedo—. No me duele.

—Dime tú, si no es una varice, qué es —dijo mi madre.

—¿Dónde está Giuliana? —dijo.

—Giuliana —dijo la señora Bottiglia— se levantó temprano, vino a buscarla Gigi Sartorio, y fueron al tenis.

—¿Cómo al tenis? —dijo mi madre—. ¡Si Gigi Sartorio tiene un brazo escayolado!

—No juegan, miran. Hay un torneo.

—Ya, miran —dijo mi madre—. ¿Y por qué no vas tú también un poco a mirar, Elsa?

—Yo —dije—, tengo que coger el autobús a mediodía.

—Es verdad que es sábado —dijo mi madre—. Antes bajaba a la ciudad sólo el miércoles —explicó a la señora Bottiglia—, pero ahora también el sábado. Para cambiarle los libros a Ottavia, que lee mucho.

—Cómprame —dijo la señora Bottiglia— un sobre de levadura de cerveza. Mañana quiero hacer la tarta del paraíso. Tenemos a comer a Purillo.

—¿A Purillo solo? —se extrañó mi madre.

—Sí, porque Raffaella ha ido a la playa, con Pepè. Estuvo muy mal de la garganta. Unas anginas de caballo.

—Ese Pepè siempre tiene algo —dijo mi madre, palpándose el cuello—. Es curioso que, si aprieto fuerte, todavía me duele. Deben ser las anginas.

—Cuando termina los recados —dijo mi madre—, Elsa va siempre a pasar la tarde con unos amigos suyos, los señores Campana.

—Yo conozco a los Campana desde la época de la universidad.

—Tienen una casa muy bonita, en Via Novara —dijo mi madre—. Son bastante, bastante ricos.

—¿Los Campana?

—Los Campana.

—Conozco también a las chicas de esos Campana —dijo la señora Bottiglia—. Pero él tuvo un infarto, y ahora está en la clínica.

—¿Tuvo un infarto? —dijo mi madre—. ¿Y cómo es que no me dijiste nada? —me dijo a mí.

—¿Cuándo le dio ese infarto?

—El mes pasado —dijo la señora Bottiglia.

—¿Un infarto? ¿Consalvo Campana?

—Consalvo Campana.

—¿Pero tú cómo no me has dicho nada del infarto? —me dijo, mientras la señora Bottiglia se volvía, con su sombrero, a cavar el jardín.

—Fue pequeño —dije.

—Pequeño o grande, lo han ingresado en una clínica —dijo al rato—. ¿Y tú cómo es que no me has dicho nada? Habría escrito una nota, mandado flores. Los Campana son siempre muy encantadores contigo.

—Le he mandado yo las flores —dije.

—¡Ah! ¡Se las has mandado tú! ¿Qué flores?

—Rosas.

—¿Qué color?

—Blancas.

—Pero las rosas blancas se mandan a las novias y a las que han dado a luz —dijo mi madre—. Para un hombre eran mejor claveles.

—¿Y dónde encontraste las rosas en este tiempo? —dijo—. Habrás gastado una fortuna, seguro.

Mientras me vestía en mi cuarto, entró Giuliana Bottiglia.

—¿Molesto?

Llevaba una falda blanca plisada, un jersey blanco y llevaba sobre los hombros un pañuelo, en el que estaba estampado el plano de Londres.

—¿Londres? —dije.

—Londres, sí. Me lo trajo Gigi Sartorio, cuando estuvo la última vez.

—¿Qué fue a hacer Gigi Sartorio a Londres?

—Intercambios comerciales.

—¿Qué es eso?

—Intercambios, no sé.

—¿Te tira los tejos Gigi Sartorio?

—No. Es sólo un amigo.

—¿Estuvo bien el torneo?

—Sí. Vinieron los de Cignano. Terenzi perdió.

—Ése pierde siempre.

—Siempre no. Hoy.

Se sentó y se marcaba las ondas con el peine.

—Ya no soy tu amiga, ¿verdad? —dijo.

—Bah, deja eso —dije.

—Éramos amigas. No tenías secretos conmigo.

Dijo: —Es tu novio, ¿no es verdad?

Me había inclinado y buscaba, debajo de la cama, los zapatos.

—Tengo que irme, si no perderé el autobús —dije.

—Es tu novio, lo sé.

Ahora bajábamos por el camino. Llevaba en la malla los libros de la biblioteca «Selecta», encuadernados en azul.

—Si por lo menos se te viese contenta —dijo—. No te preguntaría nada. A veces ni siquiera pareces contenta.

Dijo: —A veces te veo pasar desde la verja. Tienes una manera de andar que se ve que no estás contenta.

—Te echas el pelo hacia atrás, caminas muy segura y vas que te comes el mundo. Pero tienes una expresión triste.

—¿Es verdad que Gigi Sartorio toma morfina? —dije.

—No toma ninguna morfina. Ahora toma *cibalgina*, porque le duele el brazo.

—Hace más de una hora que te espero —dijo Tommasino.

—Perdí el autobús de mediodía y tuve que esperar el siguiente.

—¿Y cómo es que perdiste el autobús?

—Estaba con Giuliana Bottiglia, me quiso acompañar, no paraba de hablar, y se me hizo tarde.

—¿Por qué pierdes el tiempo con esa estúpida?

—Sabe lo nuestro —dije.

—¿Lo sabe? ¿Y cómo lo sabe?

—Nos vieron en un bar, su hermana Maria y Maria Mosso.

—¿Y qué es lo que dicen de nosotros todas esas Marías?

—No lo sé. Giuliana —dije— dice que no tengo buen aspecto.

—Es una imbécil.

—¿Por qué? ¿Acaso tengo pinta de que estoy contenta?

—Yo no sé qué pinta tienes —dijo.

—¿Y te parece bien no saberlo?

—No me parece ni mal ni bien. No es mi problema.

—Gracias —dije.

—¿Gracias de qué?

—De nada. Eres odioso —dije—. Sabes ser odioso.

Estábamos en Via Gorizia; y dije:

—Hoy no me apetece subir.

—¿Entonces por qué hemos venido hasta aquí?

Caminaba, y me seguía detrás; caminaba al azar, bamboleando la malla con los libros.

—Dame la red —dijo—, yo te la llevo. Al menos podíamos dejar esta maldita red en la portería de Via Gorizia. ¿No está harta tu abuela de leer tantas novelas?

—No es mi abuela —dije—, es mi tía.

—Tía o abuela —dijo—, ¿qué más da?

—Sabes de sobra que es mi tía —dije—. Te gusta ser más exacto que un empleado del catastro y tienes una memoria diabólica. Lo has dicho para molestarme.

—Es verdad —dijo, y se rió—. Ya sé que no es tu abuela, que es tu tía. Lo he dicho para hacerte rabiar, porque he estado esperando y no me gusta esperar.

—Cuando te esperaba, le he cogido manía al portal de la biblioteca «Selecta» —dijo.

—Tenía miedo —dijo— de que te hubiese pasado algo. Que estuvieras enferma o que hubiera volcado el autobús.

Dijo: —¿De manera que a la nena Bottiglia le parece que no se te ve contenta?

—¿Pero por qué no estás contenta? —dijo.

—Cuando estoy en mi casa, en la Casa Tonda —dijo—, miro hacia donde está tu casa. Miro, y pienso: «¿Qué estará haciendo? ¿Estará triste, estará contenta?».

—¿Te gusta que piense eso cuando estoy solo?

—¿Te parece poco —dijo— lo que te doy? ¿Poco amor?

—Sí —dije—, me parece poco amor.

—Sin embargo, es todo lo que puedo darte —dijo—. No puedo darte más. No soy un romántico. Soy de naturaleza solitaria, estoy solo. No tengo amigos, no busco a nadie.

—A las mujeres —dijo— les gustan los hombres apasionados, románticos.

—Pero, mientras te esperaba hace poco en la esquina de la calle, estaba desesperado. Me decía: «¿Qué haré si no viene? ¿Si está muerta?».

—Si está muerta, decía, ¿cómo podré vivir?

Estábamos ahora en el parque y caminábamos entre los árboles desnudos, pisando la hierba quemada por la escarcha.

—La habitación de Via Gorizia —dijo él— es siniestra. Podríamos alquilar otra habitación en una calle más bonita. Podríamos alquilar toda una casa. ¿Quién lo prohíbe?

—¿Quieres —dijo— que busquemos una casa bonita, cómoda, con toda una cocina, donde podamos además hacernos un poco de comer?

—¿Vale la pena para tan pocas horas? —dije—. ¿Sólo dos tardes, el miércoles y el sábado?

—¿Cómo no va a valer la pena? ¿No vale la pena estar a gusto aunque sean pocas horas?

—¿Quieres que vayamos a Via Gorizia ahora, un poco? —dijo.

Acababa de llegar; comía, sentada en la mesa de la cocina. Mi madre vació la malla sobre la mesa, sacó uno a uno los libros de la «Selecta», miró las cubiertas bisbiseando con los labios:

—*La gata sobre el tejado de zinc caliente* —dijo—. ¡Oh, pobre animal!

—¿Dónde está la levadura de cerveza? —dijo—. ¿Se te ha olvidado?

—Sí.

—¿Para qué hacía falta levadura de cerveza? —dijo la tía Ottavia—. No vamos a hacer ninguna tarta.

—No era para nosotros, era para Villa Bottiglia —dijo mi madre—. Cuando yo les hago algún encargo a las chicas de Villa Bottiglia se acuerdan siempre.

Llamaron a la puerta de la verja.

—¿Quién puede ser a esta hora? —dijo mi madre—. Son casi las once. Dios mío, será un telegrama.

Antonia descolgó del clavo la enorme llave llena de herrumbre y salió a abrir la puerta de la verja.

—Deprisa, deprisa —decía mi madre—, será un telegrama.

—Es el señorito de la Casa Tonda —dijo Antonia mientras volvía a colgar la llave del clavo—. Le he pasado al salón.

—¿De la Casa Tonda? ¿Qué señorito? —dijo mi madre.

Yo fui al salón, y mi madre vino detrás de mí. Tommasino estaba allí, de pie, con su abrigo corto, desabotonado, con un paquete en la mano.

—La levadura de cerveza —dijo—. Se me quedó en el bolsillo.

—Ah, la levadura —dijo mi madre—. No valía la pena que te molestases por tan poco a estas horas, Tommasino.

—Siéntate —dijo.

Mi padre se asomó a la puerta, con la pipa.

—Buenas noches, Tommasino —dijo. Mi padre ve con buenos ojos a Tommasino, porque quería al viejo Balotta, y habían estado juntos, en la primera guerra, en el Carso.

—Tommasino, ¿quieres tomar algo? —dijo mi madre.

Dijo: —¿De manera que os habéis encontrado en la ciudad y habéis hecho las compras juntos?

Se sentó en el sillón y se alisó sobre el pecho el cuello bordado.

—¿Cómo está tu tía Magna María? Tengo que ir a verla uno de estos días, me prometió enseñarme el *petit point*. Ella hace tapetes y colchas de *petit point*. Es muy hacendosa, estupenda, es estupenda —dijo, en el más puro estilo de Magna Maria.

—¿Has cenado ya, Tommasino? —dije.

—Yo sí, ¿y tú? —dijo él.

—Ah, os tratáis de tú. Claro, os conocéis desde niños —dijo mi madre.

—Jugabais juntos de niños —dijo—, en el jardín de Magna Maria. Y Barba Tommaso os llevaba a trepar a las rocas de detrás de la casa, donde luego mataron, pobrecillo, a Nebbia.

—No me acuerdo de eso —dije.

—Yo me acuerdo un poco —dijo Tommasino—. Llevábais unos mandilones largos, todos con lazos —dijo.

—Aquellos mandilones eran horrorosos —dije.

—Eran muy graciosos —dijo mi madre—. Los bordaba yo. Me gusta bordar. Pero nunca aprendí el *petit point*.

—Habremos jugado juntos, todo lo más, dos o tres veces —dije.

—Y luego os perdisteis de vista —dijo mi madre—. Es una pena, vivimos a dos pasos, en un pueblo que es como un pañuelo y, sin embargo, no nos vemos nunca. Nosotros no vemos a nadie. Sólo de vez en cuando a los Bottiglia. La levadura de cerveza era para ellos. Yo no la gasto. Prefiero la Espuma de Ángel.

—¿Qué es la Espuma de Ángel? ¡Qué romántico! —dijo mi padre.

—La Espuma de Ángel también es levadura —dijo la tía Ottavia.

Acababa de entrar y se había sentado en un rincón con los libros encuadernados en azul sobre las rodillas.

—¿La Espuma de Ángel levadura de cerveza? Tú estás loca —dijo mi madre.

—¿Están bien los libros que cogimos? —dijo Tommasino.

—Ah, o sea, ¿que habéis ido juntos también a la «Selecta»? —dijo mi madre—. «Selecta» es una buena biblioteca, se encuentra de todo, incluso novelas extranjeras. Mi hermana lee mucho, yo no puedo, no tengo tiempo, estoy demasiado ocupada con la casa, no estoy nunca parada un minuto. Y además tengo muchas preocupaciones, demasiados disgustos, y no logro concentrarme en una novela. Tengo los hijos muy lejos. ¿Te acuerdas, Tommasino, de mi hijo Giampiero?

—Me acuerdo —dijo Tommasino—, ¿cómo está?

Estaba allí sentado con las manos en las rodillas, educado, sumiso, como domesticado.

—Se ha situado muy bien —dijo mi madre—, en Tobago, en Venezuela. Le habría gustado trabajar aquí en la fábrica, pero el ingeniero Guascogna y él no se pusieron de acuerdo, y por eso tuvo que irse tan lejos.

El ingeniero Guascogna es Purillo.

—Si hubiese estado tu padre, o el pobre Vincenzino, habría sido diferente —dijo mi madre—. Pobre Vincenzino, qué mala suerte.

Dijo: —Hay muchas cosas tristes en la vida. ¿Para qué leer novelas? ¿No es una novela la vida?

Dijo: —¿Sabes que mi Teresita acabó en Sudáfrica? ¿La recuerdas? Es ya madre. Nunca estoy tranquila, con las cosas que suceden por allá abajo. Tengo disgustos, tengo preocupaciones, me duele siempre la cabeza, sobre todo la nuca, en las cervicales. Ayer fui al médico con Elsa, me encontró agotada, y me encontró la tensión alta. Es estupendo el médico nuevo, es muy atento, muy meticuloso, lo anota todo. Hoy, en cambio, me encuentro mejor, sólo noto como si algo me raspase la garganta, como si hubiese tragado clavos, deben de ser las anginas.

—Tengo en casa —dijo Tommasino— pastillas con penicilina para el dolor de garganta. Si quiere se las traigo mañana.

—Ah, ¿con penicilina? —dijo mi madre—. La verdad, soy bastante enemiga de la penicilina. Quizás porque sé que la hacen con moho. Ahora curan a la gente con moho, qué cosa tan rara.

Dijo: —¿Por qué no vienes a cenar mañana? Traéme esas pastillas, las probaré, quizás me sienten bien.

Dijo: —¿Y qué tal está el ingeniero Guascogna?

—¿Y Raffaella? ¿Y Pepè?

—¿Pepe también estuvo mal de la garganta, no?

—Lo han llevado al mar por eso, ¿verdad?

—Quién sabe si a mí me sentaría también bien el mar.

—¿Pero cómo voy a dejar la casa, para ir al mar? Además, tampoco podemos gastarnos tanto dinero.

—Con la tensión alta, ¿sentará bien el mar?

Descolgué la llave del clavo y fui con Tommasino hasta la puerta del jardín.

¿Me he portado bien? —dijo.

—Sí. Hacías reír.

—¿Hacía reír? ¿No te ha gustado?

—¿Por qué has venido? —dije.

Dijo: —Para traerte la levadura de cerveza.

—Vine —dijo—, por curiosidad.

—¿Por curiosidad?

—Por curiosidad, sí.

—¿Curiosidad de verme en mi ambiente?

—Sí.

—¿Y qué efecto te he causado en mi ambiente?

—¿Y qué efecto te he causado yo en tu ambiente?

Mi madre, en las escaleras, se estaba preguntando si debía o no invitar a la cena, con Tommasino, también a Gigi Sartorio.

—Mejor que no, por el brazo —dijo—. ¿Qué impresión puede hacer en la mesa un invitado con un brazo tieso sobre una tabla?

—¿Por qué me dijiste que se te había olvidado la levadura? No se te había olvidado, la cogiste y se la diste a Tommasino.

—Es un chico muy guapo —dijo la tía Ottavia.

—Sí es guapo. De los hijos de Balotta, fue siempre el más guapo —dijo mi madre.

Dijo: —¿Cómo se te ha ocurrido llevártelo a la «Selecta»?

Dijo: —¿Cómo se le habrá ocurrido venir hasta aquí tan tarde por un poco de levadura?

—No me ha quedado más remedio que invitarle a cenar. Haré suflé de espinacas.

—Y natillas. Puedo hacer también natillas, si no invito a Gigi Sartorio, porque ellos las tuvieron ayer por la noche.

—Demasiados huevos —dijo la tía Ottavia—. Huevos en el suflé, huevos en las natillas. Mejor terminar con hojaldre.

—¿Y el hojaldre es que no lleva huevos?

—Tommasino —dijo mi madre—, toma un poco más de suflé. Es muy ligero.

Dijo: —Quería invitar también a Gigi Sartorio, pero no sabía si te habría apetecido. Y además ahora está tan torpe con ese brazo. Da la impresión de que va a chocar siempre con algo.

Dijo: —Es un poco raro ese Gigi Sartorio. Dicen que es morfinómano, quién sabe si será verdad.

—Tú, Tommasino, ¿qué crees?

—Dicen que tiene gustos raros —siguió diciendo mi madre—. Va mucho al extranjero y se le habrán pegado costumbres raras, quizás, quién sabe. Su padre, el general, es una persona muy distinta.

—Dicen que tiene gustos raros, yo no sé. Tú lo conoces bien, ¿no, Tommasino?

—¿Al general Sartorio?

—No, hombre, al hijo. El general para nada tiene gustos raros. Un hombre tan metódico.

—Dicen en el pueblo —dijo la tía Ottavia— que Gigi Sartorio sale con Giuliana Bottiglia.

—¡Para nada! —dijo mi madre—, figuraciones. Sólo son dos buenos amigos, dos buenos compañeros. Él, por ejemplo, vino a buscarla la otra mañana y luego fueron al tenis a ver el torneo. ¿Tú juegas al tenis, Tommasino?

—No —dijo Tommasino—, yo no hago ningún deporte.

—Eso no puede ser —dijo mi madre—, eres alto, tienes tipo de deportista. Aquí nuestra Elsa solía ir antes por el Club de Tenis. Jugaba bien, decían que tenía un golpe largo, un golpe muy bueno. Pero luego no sé por qué dejó de ir.

—A mi Giampiero —dijo—, cuando estaba aquí, le apasionaba el deporte. Ahora en Venezuela, se ha vuelto un perezoso, debe ser por el clima. De hecho, cuando viene de vacaciones, yo veo que ha perdido hasta el color.

—Tampoco tú tienes buen color, Tommasino —dijo—. Estás siempre un poco pálido. Podría ser tu madre y puedo decírtelo. Estás siempre un poco pálido. Tal vez es la vida sedentaria que haces.

—Éste es mi color —dijo Tommasino.

—No, ése no es tu color. De niño eras blanco y colorado, una manzana.

—¿De manera que una de las niñas de Bottiglia se va a casar? —dijo Tommasino.

—Ah, ¿tú también las llamas niñas? —dijo mi madre—. Creía que sólo las llamábamos así nosotros, en casa. No son más que unas niñas, por desgracia.

—¿Por qué por desgracia? —dijo mi padre.

—Por desgracia —dijo mi madre—, porque todavía no se han casado. Para una mujer, el matrimonio es el destino más bonito, un matrimonio feliz. No desgraciado, si no, mejor nada, ya se sabe. Tú, Tommasino, tienes la triste experiencia de un matrimonio desgraciado en tu familia. El pobre Vincenzino.

—Quizás sea por eso —dijo—, por lo que no te has casado todavía. Quieres meditarlo bien,

tienes motivos. Por lo demás, como hombre, todavía eres muy joven.

—Yo —dijo la tía Ottavia— no me casé y estoy contenta así.

—Tú —dijo mi madre— no estabas hecha para el matrimonio. Has sido siempre una comodona.

—¿Una comodona? ¿Cuándo he sido yo una comodona? —dijo la tía Ottavia.

—En absoluto se va a casar Giuliana Bottiglia —dijo mi madre—. Son ya muchos años que se les ve juntos a ella y a Gigi Sartorio. Si fuesen a casarse yo sería la primera en saberlo. Su madre, Netta Bottiglia, y yo estamos juntas desde por la mañana hasta por la noche.

—¿Qué tal van tus estudios, Tommasino? —preguntó mi padre.

Tommasino, enroscándose el pelo con los dedos, se puso a hablar de la programación lineal.

Pasamos a tomar el café en el salón.

—¿Eres de ideas socialistas? —dijo mi madre—. Esa programación lineal, si he entendido bien, ¿tiene algo que ver con el socialismo?

Yo no podía permitir que mi madre se apropiara también de la programación lineal.

—No tiene nada que ver con el socialismo —dije—. Inútil hablar de lo que no se entiende.

—Lo he comprendido perfectamente bien —dijo mi madre—. Mi pobre hermano, no sé si has oído hablar de él, Tommasino, también se ocupaba de esas cosas. Se murió hace unos años, se llamaba Cesare Maderna.

—Tu hermano —dijo mi padre— era empleado de ferrocarriles. ¿Cómo podía tener que ver con lo que decía Tommasino?

—Pero era un político —dijo mi madre—. Fue candidato al Parlamento. Era socialista. Un gran socialista, como tu padre, Tommasino.

—Sólo que luego se afilió al fascio —dijo mi padre.

—¿Y eso qué tiene que ver? Tuvo que hacerlo, si no, perdía el empleo. De cualquier modo, antes era un político, y digo que se ocupaba de los problemas sociales, como ahora Tommasino. ¿No es verdad, Ottavia?

—Nuestro pobre hermano —dijo la tía Ottavia— sólo era un modesto empleado de ferrocarriles. De joven se metió un poco en política, pero con poco éxito. Nunca fue candidato al Parlamento. Te confundes, Matilde, con el primo Ernesto. El primo Ernesto sí que fue candidato al Parlamento. Pero nuestro pobre hermano, nunca. Era sólo un caballero; se afilió, es verdad, al fascio, pero jamás se puso la camisa negra. La tenía, pero no se la ponía.

—¿Y qué más le daba, aunque perdiese el empleo? —dijo mi padre—. Su mujer era rica, y le habría respaldado igual. Su mujer —dijo volviéndose a Tommasino— era una Terenzi, de Cignano. Viñas, bosques, pastos, un buen capital. No tenían hijos y al morir lo dejaron todo a los curas.

—Lo dejó ella, la mujer —dijo mi madre—. Él no podía ver a los curas. Pero ya había muerto, cuando se murió ella.

—Una Terenzi de Cignano —dijo Tommasino—. ¿Pariente de los Terenzi de aquí?

—Parientes lejanos.

—En cambio, al primo Ernesto —dijo la tía Ottavia— le dieron una paliza los fascistas, y también estuvo en la cárcel. Murió pobre.

—Y la hija de él, del primo —dijo mi madre—, tenía una voz preciosa. Fue a América y cantaba

en los mejores teatros. Luego, de golpe, se quedó sin voz. Ahora no puede cantar ni el *Himno de Garibaldi*.

—Le pasó eso porque se vio metida, allí en América, en un incendio —dijo la tía Ottavia—. Una noche ardió el hotel y tuvo que saltar de la ventana, todos le gritaban para que saltase, y ella estaba allí, a horcajadas en el alféizar, y no saltaba. Por fin saltó; abajo, te puedes imaginar, habían puesto la red de seguridad. Saltó, pero la voz le había desaparecido.

—Un poco el miedo y otro poco el humo —dijo mi madre.

—De todos modos —dijo la tía Ottavia—, se consoló, y se casó con un dentista.

—Porque después de que se quedó sin voz —dijo mi madre—, se puso, del sufrimiento, como una loca, y estuvo internada en una clínica. Por allí pasaba, una vez por semana, un dentista, para ver las muelas de los enfermos. Así fue como se enamoró de ella. Tenía una boca preciosa.

—Mira por dónde hemos oído toda la historia de la hija del primo Ernesto —dijo mi padre.

—¿No te acuerdas tú de Ada? —dijo mi madre—. Hace muchos años que no la vemos, pero era una mujer guapísima.

—Esta historia —dijo mi padre— me la habréis contado millones de veces. ¿Qué le puede importar a Tommasino una persona que nunca ha visto y que no verá nunca?

—Es por tener un poco de conversación —dijo mi madre—. ¿Quieres que nos pasemos toda la noche mirándonos a los ojos? Se cuentan cosas, se habla. Se dice esto, lo otro, lo de más allá.

Dijo: —Tommasino, ¿quieres que te cosa ese botón de la manga? Si no, lo vas a perder.

Dijo: —Este abrigo está un poco gastado. ¿Por qué no le dices a Gigi Sartorio que te traiga de Londres, la próxima vez que vaya, un *montgomery*? Son muy prácticos.

Dijo: —¿No te molesta que te lo haya dicho así? ¿Soy o no una madre?

—Es muy educado —dijo mi madre a mi padre, cuando se quedaron solos en su habitación. Yo les oía al otro lado del tabique.

—Se ve —dijo mi madre— que ese colegio de Salice es un buen colegio.

—Puede que no sea tan extravagante —dijo—. Quizás esas pequeñas extravagancias sean defectos de juventud.

—Es muy simpático —dijo—. Tiene la nariz de la señora Cecilia, que tenía una nariz muy bonita. La boca es de Magna Maria.

—Tommasino no se parece nada a Magna Maria —dijo mi padre.

—Ignacio —dijo mi madre—, tú jamás sacas un parecido.

—¿Entonces, qué impresión sacaste del ambiente que hay en mi casa? —dije.

Estábamos en la habitación de Via Gorizia, yo estaba tendida en la cama, y Tommasino sentado en la mesa, con los codos apoyados, y fumaba:

—¿Una impresión siniestra, no? —dije.

—¿Y yo? —dijo—. ¿Qué impresión te causé en aquel ambiente?

—Tú —dije—, estás siempre allí en aquel ambiente. Nunca te vas.

—Te tengo siempre allí conmigo —dije—, entre mis cosas, y te hablo, y todo sigue como cuando estamos juntos aquí. En cambio tú, me apartas de ti. Vuelves allí, a tu Casa Tonda, donde yo no estoy. De vez en cuando, sólo de vez en cuando, miras hacia mi casa. Pero sólo de vez en cuando, como por equivocación.

—Yo —dije— jamás te aparto de mí. Te tengo allí, entre mis cosas. De no ser así, algunas veces no podría soportar aquel ambiente.

—Sin embargo, lo soportabas —dijo él—, cuando yo no existía todavía para ti.

—Sí, lo soportaba —dije—. Me agobiaba, pero lo soportaba. Pero entonces no sabía que la vida pudiese caminar con otro paso. Lo imaginaba, claro, vagamente, pero no lo sabía.

—No sabía —dije— que la vida pudiese marchar a la carrera, a golpe de tambor.

—Para ti no es así —dije—. Para ti la vida, desde que yo estoy, sigue con el mismo paso de siempre, y no suena.

—Suena un poco —dijo él—, suena un poco, sí, también para mí. No muy fuerte, pero suena.

Dijo: —Sin embargo, habría querido irme lejos, a cualquier lugar del extranjero, y haberte conocido por casualidad, en una calle cualquiera, como una chica a la que nunca había visto antes. Habría querido no saber nada de ti, nada de tu familia, y no conocerla nunca.

—En cambio —dije yo—, hemos crecido en el mismo pueblo y hemos jugado juntos de niños en Le Pietre. Pero a mí esto no me molesta. No me molesta en absoluto.

Dije: —A mí eso no me molesta ni me importa, y, además, hasta me enternece un poco. Y desde que tú existes para mí, nuestro pueblo es como si se hubiese convertido en una tierra desconocida, grandísima, toda llena de cosas imprevisibles, dramáticas, emocionantes, que pueden suceder en cualquier minuto. Puede sucederme, por ejemplo, ir a la plaza a echar una carta y ver tu coche parado delante del Concordia. O ver a tus hermanas, o ver a Magna Maria.

—No entiendo —dijo—, ¿te parece emocionante ver a Magna Maria?

—Ver a Magna Maria —dije— me acelera el pulso.

—¡No lo entiendo! —dijo—. A mí cuando me encuentro a tu padre en el pasillo de la fábrica en absoluto se me acelera el pulso.

—Aprecio mucho a tu padre —dijo—, pero te juro que no se me acelera el pulso.

—Porque tú no estás enamorado de mí —dije—. Ésa es la única explicación.

—En tu vida —dije—, desde que existo para ti, no ha habido cambio ninguno.

—Por eso —dije— fantaseas con que si me hubieses encontrado en el extranjero o con que si todo hubiese sucedido de otra manera. En cambio, para mí está bien como ha sucedido. Que hayamos jugado juntos, de niños, con unos mandilones horrendos.

—Eras tú la que tenía unos mandilones horrendos —dijo—. Yo, en mi vida, jamás he llevado mandilón.

—Dices que no eres un romántico —dije—. Eso no es verdad, a veces eres un romántico. Quieres mujeres misteriosas, ciudades desconocidas, ni familia, ni parientes. Eso significa ser un romántico.

—Para parientes ya tengo yo muchos —dijo—, un largo cortejo.

—Tengo un cortejo de parientes, largo como una serpiente —dijo—. No me apetecen más. Me bastan los míos.

—Cuando viniste a mi casa, la otra noche, con la levadura —dije—, dijiste que lo hiciste por curiosidad, para probar. ¿Qué querías probar?

—¿Querías probar —dije— ser mi novio y has visto que no resulta, que no te apetece?

—He visto —dijo— que me resulta un poco difícil.

—Por eso ya no será tampoco apetecible volver aquí —dije—. Después de que nos hemos visto juntos allí, en mi casa, con mis padres, primero en la salita, después en el comedor y luego otra vez en la salita, ahora que ya tomaste café en aquellas tazas nuestras con florecillas, ahora que has oído la historia del primo Ernesto, me parece que ya no me va a gustar verte, aquí, ni cambiar los libros en «La Selecta», ni tampoco pasear contigo por el parque. Porque siempre pensaré esto, que quisiste probar a ser mi novio, y no resultó bien, y no te gustó. Siempre pensaré que te convengo como novia, pero que no te convengo como mujer.

—Siempre dije —dijo él— que no me quería casar contigo.

—Es verdad —dije—, siempre lo decías. Y yo decía: «Paciencia». No sufría, pero decía «paciencia». «Mejor que nada» decía. Pero ahora has probado, has querido ver si por casualidad te equivocabas. Y has visto que no te equivocabas; en realidad no puedes. Y yo, ahora, ante esto, ya no puedo decir «paciencia». Para mí es un dolor que no puedo aguantar.

Dije: —Me enterneció que vinieses la otra noche a mi casa, con aquella levadura. Y me gustaba mucho verte allí, en carne y hueso, en nuestro salón, donde había pensado tantas veces en ti. Sin embargo, se ha estropeado todo. Ni siquiera podemos seguir aquí. He llegado a detestar Via Gorizia y esta habitación.

Y comencé a llorar. Dije:

—¿Por qué lo hemos echado a perder todo?

—Ah, no —dijo él—, ¡haz el favor de no llorar! ¡Detesto ver llorar a las mujeres!

Pero yo seguía llorando, y decía también, como Cate:

—¿Por qué se ha echado a perder todo?

La noche siguiente Tommasino vino a hablar con mi padre. Se puso un traje oscuro. Pidió consejo a Betta, y Betta le dijo que el traje negro era indispensable.

Mi padre abrió, para la ocasión, una botella de un moscatel de nueve años de nuestra viña.

Mi madre estaba tan emocionada que estuvo muy excitada toda la noche. Ponía nervioso incluso a mi padre, y le decía:

—¿Tú te lo figurabas?

Y decía:

—Yo, cuando lo tuve delante la otra noche, con aquel paquete en la mano, casi estaba segura.

Luego decía:

—¿A cuánto podrá ascender lo que tiene? ¡Debe ser una bonita cifra! ¿Eh?

Mi padre, adormilado, decía:

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No lo sabes tú, el contable? ¡Menudo contable! ¿Dime tú entonces

quién lo va a saber?

Por la mañana mismo, corrió a contárselo todo a la señora Bottiglia. Pero la señora Bottiglia lo sabía, porque se lo había dicho Betta, que había ido de madrugada a llevar la verdura.

Es más, sabía desde bastante antes que había algo. Lo sabía desde hacía mucho.

Se lo había dicho su hija, Mariolina, que un día nos vio a mí y a Tommasino en la ciudad, sentados en un bar, cogidos de la mano.

—Imposible —dijo mi madre—. Figúrate a Elsa, en público dejando que un hombre le tome la mano. Tu Maria ha debido de ver visiones.

Y se quedó un poco desilusionada porque a la señora Bottiglia no la había sorprendido; cuánto había deseado sorprenderla, toda la noche había paladeado el placer de ver la sorpresa en los ojos de su vieja amiga, asomándose por encima de aquellas gruesas gafes, avivados siempre con una pequeña chispa verde, incrédula y maliciosa.

La señora Bottiglia dijo:

—Las madres somos siempre las últimas en enterarnos de algunas cosas.

Y contó en secreto a mi madre que también su hija Giuliana se iba a prometer con Gigi Sartorio. Pero que estaban esperando, porque antes tenían que quitarle la escayola.

—¿Qué tiene que ver la escayola? —dijo mi madre—. Para casarse no hace falta el brazo.

—Pero el médico —dijo la señora Bottiglia— recomendó que no tuviese emociones fuertes, que no sudase y que no cometiese excesos.

—Casarse no es ningún exceso —dijo mi madre—. No tiene por qué sudar.

De vuelta a casa, corrió a contarle a la tía Ottavia lo de Giuliana y Gigi.

—Al revés, ¡será que él tiene que esperar, para casarse, a curarse del todo de la morfina, eso será!

Tommasino empezó a venir a nuestra casa cada noche. En el invierno nevó mucho y él llegaba con el pelo lleno de nieve. Mi madre decía:

—¿A quién se le ocurre salir sin abrigo?

A veces jugaba con mi padre a las cartas, a «la escoba». A veces estábamos él y yo en la salita con la tía Ottavia, que leía novelas.

Mi madre decía:

—Dejo aquí a la tía, porque con dos novios tiene que quedarse siempre alguien.

Hablaba de la tía como si fuese una silla. Y de hecho la tía Ottavia se comportaba como una silla, muda, inmóvil. No levantaba los ojos del libro.

Sin embargo, allí estaba. Nosotros no encontrábamos nada que decimos por culpa de la presencia de aquella cabeza de trenzas lanosas, bajo la lámpara.

Él se enroscaba el pelo con el dedo. Yo hacía punto.

Y a mí me parecía imposible que alguna vez hubiese existido una Via Gorizia, una habitación con un infiernillo detrás de una cortina, donde, a veces, hacíamos café.

Fuimos todavía, muy a menudo, a la ciudad. Pero no volvimos a Via Gorizia. Es más, evitábamos

pasar por aquella calle.

Ni siquiera supe si él seguía con aquella habitación, si seguía pagando el alquiler.

Evitábamos ciertas conversaciones. Raramente hablábamos de antes, cuando nos veíamos en Via Gorizia. Los dos fingíamos que aquel tiempo no había existido.

Fuimos a ver ebanistas y tapiceros, para contentar a mi madre.

Y mi madre preguntaba a nuestra vuelta:

—¿Habéis encargado el trinchero? ¿Fuiste a ver aquel sofá?

Luego a mi madre se le metió en la cabeza acompañarnos, cada vez que bajábamos a la ciudad. En la ciudad andaba muy despacio, parándose en cada escaparate, las horas se hacían interminables.

Mi madre quería para la Casa Tonda cuadros y alfombras, quería abigarrarla de arriba abajo, que no quedase un centímetro cuadrado vacío.

Y por la noche, cuando le costaba trabajo coger el sueño, galopaba con su fantasía y, como si fuese un duende en la Casa Tonda, rompía muros, levantaba suelos, erigía columnas, arcos, de las terrazas sacaba cuartos de baño y de los cuartos de baño sacaba terrazas.

También, en ese duermevela, despedía a Betta. Betta le había dicho a la señora Bottiglia que Tommasino merecía una mujer mucho más guapa y mucho más rica que yo, y la señora Bottiglia se lo había contado inmediatamente a mi madre. De manera que mi madre despedía a Betta, representándose una escena en la que la sorprendía robando. Tendría entonces para Betta pocas palabras, amargas y graves. En su lugar ponía a la vieja nodriza, la de Gemmina, prometiéndole un gran aumento de sueldo. Esto lo hacía también para jorobar a Gemmina, que le caía mal.

Gemmina nos invitó a comer a mí y a Tommasino, y nos dio conejo. A mi madre eso le pareció una enorme metedura de pata. El conejo le parecía una comida poco fina, en absoluto indicada para celebrar una boda en ciernes.

Y una vez que mi madre subió a verla a Casseta, lo que agotaba sus piernas, Gemmina le colocó cuatro entradas para una exposición de artesanía y una servilleta horrenda con festones, que costaba ochocientas liras.

Mi madre luego, en su duermevela, despedía a Purillo de la fábrica, no sé cómo, y ponía a Tommasino en su puesto. Cambiaba todo el reglamento de la fábrica y subía el sueldo a los obreros. En cambio, a Borzaghi le bajaba sus emolumentos, porque Borzaghi le caía mal, desde que ella, una vez, discutió con su mujer, en una tienda, porque la señora Borzaghi quería que la despacharan antes.

Con aquel jaleo también se le olvidaban a mi madre un poco sus dolencias; y cuando se acordaba, echaba la culpa de un catarro que se notaba en los bronquios, por ejemplo, a Gemmina, consecuencia de aquel día en que fue a Casseta, y sudó en la subida, y hacía viento.

Algunas veces estábamos invitados, Tommasino y yo, a cenar en Le Pietre. Barba Tommaso gritaba, señalándome con el dedo:

—¿Quién es? ¿Quién es?

Y Magna Maria me llenaba las mejillas de besos muy sonoros y decía:

—¡Estupenda, estupenda!

A la vuelta, Tommasino preguntaba:

—¿Te emociona todavía ver a Magna Maria?

Y yo decía:

—Mucho menos.

—Entonces —decía él—, te has vuelto más como yo, que no me emocionaba nunca cuando veía a los de tu casa.

—Sí —decía—, quizá me haya vuelto más como tú.

Y él me decía:

—¿Pero estás contenta?

Y yo decía:

—Sí.

Y los días corrían, con un ritmo cada vez más rápido, impetuoso, profundo, y toda mi vida avanzaba, a toque de tambor. Aquel tambor sonaba dentro de mí tan fuerte que me ensordecía.

Íbamos, Tommasino y yo, a pasear por el campo. La nieve comenzaba a derretirse, pero quedaban todavía aquí y allá algunas planchas que el sol teñía de rosa.

Decía: —Es más bonito aquí que en el parque. Cuántas caminatas hemos hecho por el parque, por la ciudad. En cambio esto estaba mejor, ¿no crees?

Decía: —Tú no estás contenta. ¿Verdad que no estás muy contenta?

Y yo decía: —Sí, es verdad.

Pero no habría sabido explicar por qué.

Él decía:

—¿Pero entonces, qué quieres?

Decía: —Querías que me casara contigo, y me caso contigo. ¿Quieres más?

Decía yo: —No lo sé.

Decía él: —¡Qué complicada eres! ¡Qué complicadas y latosas son las mujeres!

Decía: —¿En casa vamos a tener una de esas agradables veladas en la salita, con la tía Ottavia?

Decía: —¿Y mañana hay que ir a la ciudad con tu madre a mirar sofás?

Decía: —¡Si por lo menos estuvieses contenta! Pero no, no estás contenta. ¡La verdad, no sé que quieres!

Debíamos casarnos en el mes de julio.

Una tarde bajamos a la ciudad nosotros dos solos, sin mi madre, que se quedó en casa trabajando en una mantilla española enorme de blonda negra, de la que quería hacerse un vestido para la boda.

Además era el día del Corpus, todas las tiendas estaban cerradas, y no teníamos nada especial que hacer. Únicamente Tommasino tenía que pasarse un momento por el sastre, para la segunda prueba del traje nuevo que se había mandado hacer, un sastre que le había recomendado Purillo.

De manera que entramos en el sastre, y yo me senté a esperar en una salita. Luego salió Tommasino a enseñarme el traje, la chaqueta completamente llena de hilvanes con el cuello de forro.

Iba arriba y abajo, delante del espejo, y el sastre le seguía con la boca llena de alfileres. Era un traje oscuro, que él tenía que ponerse para la despedida de soltero, en nuestra casa, la noche antes de la boda.

Luego fuimos a dar una vuelta por la ciudad y terminamos en el parque. Tommasino imitaba al sastre, que hablaba con la «e» en vez de con la «a», porque era de Bari.

Dijo: —Purillo debe tener una amante bariense, porque me da siempre direcciones de barienses, era bariense incluso un mecánico, al que me mandó una vez.

Dijo: —¿Dónde encontrará Purillo a todos esos barienses?

Habíamos estado, la noche antes, cenando en Villa Rondine. Dije:

—¿Tú crees que es feliz Raffaella con Purillo?

Dijo: —No, creo que es profundamente infeliz. Sólo tiene a Pepè.

Dijo: —¿Cómo quieres que pueda ser feliz con Purillo?

Dije: —¿Por qué no hablas con ella y tratas de que ella hable contigo, ayudarla un poco?

—Porque no conseguiría nada, si lograra que hablase, la haría todavía más desgraciada. ¿Tú crees que es posible ayudar a la gente?

—Por los demás no se puede hacer nada —dijo.

—A Raffaella —dijo— ni siquiera se le pasa por la cabeza que no es feliz. Ha enterrado todo lo que piensa. Es infeliz, pero ni se lo plantea, para poder vivir.

—Por otra parte —dijo—, siempre se termina viviendo así.

—¿Tú también —dije—, cuando pase el tiempo, terminarás por enterrar lo que piensas? ¿Es lo que crees?

—Así es —dijo—. Y además, de todas maneras, yo ya he empezado. ¿Qué iba a hacer, si no?

—En estos meses —dijo—, he enterrado muchas de las cosas que pienso. Les he cavado una pequeña fosa.

—¿Qué quieres decir? —dije—. ¿En estos meses, en estos últimos meses, desde que te prometiste conmigo?

—Pues claro —dijo—. Lo sabes tú también. Estamos casi siempre en silencio, porque hemos empezado a enterrar lo que pensamos, muy hondo, en lo más profundo de nosotros. Después, cuando volvamos a hablar, diremos sólo cosas inútiles.

—Antes —dijo—, te decía todo lo que se me pasaba por la cabeza. Ya no. Se me han quitado las ganas de contarte las cosas. Lo que voy pensando, me lo cuento un poco a mí mismo, y luego lo entierro. Luego, poco a poco, ni siquiera me contaré nada a mí mismo. Enterraré todo, cada vago pensamiento, de golpe, antes incluso de que tenga forma.

—Pero eso —dije— quiere decir no ser feliz.

—Así es —dijo—, quiere decir no ser feliz en absoluto. Le ocurre a mucha gente. Una persona, en un momento determinado, ya no quiere enfrentarse con su alma. La esconde, porque tiene miedo de no encontrar ya fuerzas para vivir.

—¿Y tú te has pasado todos estos meses —dije— viendo que te pasaba esto y viendo cómo pasaba? ¿Pensabas en esto, mientras estábamos en la salita, por la noche, con la tía Ottavia? ¿Que estabas dándole la espalda a tu propia alma?

—Cierto —dijo—, en eso pensaba, allí en la salita. ¿En qué, si no?

Caminábamos por el parque, junto al río. Había mucha gente, bulla y música, y habían instalado, en la pradera de detrás del castillo, un Luna Park, un parque de atracciones.

La gente pasaba a nuestro lado, pasaba, se congregaba en la balaustrada de piedra que se asoma al río, y se echaba en un terraplén con hierba, gritando y dando silbidos, porque aquel día había regatas.

Pasaban por el río barcas y barcas, con banderolas que tremolaban al viento. También la caseta del embarcadero, plantada sobre los palafitos, estaba llena de gente, y en el tejado tremolaban las banderolas.

—Antes —dijo—, cuando quedábamos en aquella habitación, en Via Gorizia, siempre tenía ganas de contarte todo lo que pensaba. Era maravilloso, la libertad absoluta, una sensación de aire puro. Luego, esas ganas se me han quitado del todo, en estos meses.

—¿Y crees —dijo— que no volverás a tenerlas…?

—Imagino que no —dijo—, una vez idas, cómo pueden volver.

—Antes —dijo—, podía escoger, quedar contigo por la tarde, o no. Ahora a veces, en estos meses, he sentido que no podía escoger, que tenía que quedar contigo sin más remedio, en tu casa, porque ahora ya había escogido, y de una vez por todas. Debía hacer aquello que todos esperaban que hiciese, aquello que también tú y todos los demás esperabais de mí. Y así empecé a enterrar lo que pensaba. Ya no podía seguir enfrentándome con mi alma. Para no oír gritar a mi alma, le he dado la espalda y me he alejado de ella.

—Es horrible —dije—, me has dicho cosas horribles.

—¿No sabías que era horrible? —dijo—. Tú también lo sabías. Lo sabías, y enterraste esa certidumbre. Hiciste, tú, también, lo que todos esperaban que hicieses. Fuiste con tu madre a los tapiceros, a los ebanistas, a las tiendas de sábanas. Y mientras, dentro de ti, oías los gritos prolongados de tu alma, cada vez más alejados, cada vez más débiles, cada vez más cubiertos de tierra.

—Entonces —dije—, ¿por qué somos novios?, ¿por qué nos casamos?

—Para ser como todos —dijo—, y para hacer lo que todos esperan que hagamos.

—El mío por ti no era un gran amor —dijo—. Lo sé perfectamente, siempre te lo dije, no era un amor apasionado, romántico. Pero con todo era algo, algo íntimo y delicado, y tenía su plenitud, su libertad. Tú y yo, allí, en Via Gorizia, solos, sin planes para el futuro, sin nada, fuimos felices, a nuestra manera. Allí tuvimos algo, era poco, pero con todo era algo. Era algo muy ligero, muy frágil, a punto de desvanecerse al primer golpe de viento. Era algo que no se podía atrapar, sacar a la luz, porque habría muerto. Lo hemos sacado a la luz, y murió, no volveremos a verlo jamás.

—¿Quieres que vayamos allí, a Via Gorizia, un momento? —dijo—. Nunca dejé esa habitación, siempre pagué el alquiler. Iba, sabes, algunas veces, mientras tú estabas, con tu madre, en la modista o en las tiendas de sábanas. Iba allí, descansaba un poco y alguna vez me hacía un café. En aquel profundo silencio, sentía una gran paz.

—¿Quieres que vayamos, ahora, un momento allí? —dijo.

—No, por favor —dije—. Me pondría muy triste, Tommasino.

—Una sola cosa es verdad —dije—, que yo estoy enamorada y tú no.

—Estoy enamorada —dije—, ahora, antes, siempre, y tú no. Tú nunca.

Fuimos a coger el autobús. No el último. Eran sólo las cinco de la tarde y todavía no se había

puesto el sol.

A esa hora el autobús iba casi vacío. Nos sentamos uno al lado del otro. Sin hablar.

La mañana siguiente me levanté, me vestí muy lentamente, sin que se diese cuenta mi madre, y fui a Casa Tonda.

Nunca había estado yo sola. Había estado más veces, sí, con mi madre, con Gemmina o con Raffaella.

Salió a abrirme Tommasino. Estaba ya levantado, vestido, aunque era temprano. Se había puesto un jersey gris, grueso, si bien fuera empezaba un día soleado, de calor.

—Hola —me dijo, sin mostrar la menor extrañeza—. Estoy malo, estoy resfriado, me parece que esta noche he tenido un poco de fiebre. Por eso me puse el jersey.

Estaba en el comedor, con el jersey que le llegaba a las caderas delgadas, y los puños llenos de pañuelos.

Tenía en la mano una pequeña esponja y limpiaba el magnetófono.

—¿Quieres hablar un poco en el magnetófono? —dijo—. Impresiona oír tu propia voz. Al principio no lo soportaba, mi voz me parecía odiosa, impostada. Luego me acostumbré. Pero impresiona. Prueba.

Yo dije: —No.

Me había sentado, con las manos en los bolsillos de la chaqueta; y lo miraba. Lo miraba, miraba su cabeza, su pelo rizado, el jersey largo, las manos delgadas que no se estaban quietas, que gesticulaban siempre.

—He venido a devolverte el anillo —dije.

Y lo saqué del bolsillo, pequeño, con una pequeña perla, el anillo que él me había dado y que había pertenecido a su madre, la señora Cecilia.

Él lo cogió, lo puso sobre la mesa.

—Ya no quieres casarte —dijo.

—No —dije—. ¿Cómo puedes pensar que sigo queriendo casarme, después de las cosas que nos dijimos ayer?

—Ayer —dijo él—, estaba deprimido, estaba pesimista, quizás tuviese ya fiebre.

—Pero es verdad —dijo—, tienes razón, es mejor así.

Miré en derredor mío. Dije:

—Había imaginado todo con demasiada claridad. Me había imaginado a ti y a mí, aquí, en esta habitación, en esta casa. Había imaginado todo con muchísima exactitud, hasta el más mínimo detalle. Y cuando se ven las cosas futuras con tanta claridad, como si ya estuviesen sucediendo, entonces es señal de que no deben suceder nunca. Porque ya han sucedido, en cierto sentido, en nuestra cabeza, y no se puede consentir que sucedan de verdad.

Dije: —Es como algunos días en que el aire está demasiado claro, demasiado límpido, se ven los contornos recortados, netos, precisos, y quiere decir que va a llover.

—¡Qué tranquila estás! —dijo—. No lloras, ¡con qué serenidad dices las cosas!

—Y yo —dijo—, ¿qué voy a hacer?

—Harás lo que has hecho siempre —dije.

—¿Y tú —dijo—, qué harás?

—Yo también haré —dije— lo que he hecho siempre.

—¡Qué tranquilos estamos! —dijo él—. ¡Qué fríos, qué serenos, qué tranquilos estamos!

—Espero —dijo enroscándose el pelo en el dedo—, que encuentres un día un hombre mejor que yo.

—Ya ves, no hay en mí —dijo— una verdadera fuerza vital. Ésa es mi principal carencia. Siento como un escalofrío de espanto, cuando voy a entregarme. Quiero entregarme, y siento como un escalofrío. Otro, a un escalofrío, así, tal vez no le haga caso y lo olvida pronto. Pero yo lo llevo en mitad del corazón.

—Porque tengo siempre como la impresión —dijo— de que ya han vivido bastante los otros antes que yo. Que ya han consumido todos los recursos, toda la fuerza vital que había disponible. Los otros, Nebbia, Vincenzino, mi padre. A mí no me ha quedado nada.

—Los otros —dijo—, todos los que han vivido en este pueblo, antes que yo. Me parece que yo no soy más que su sombra.

Dijo: —Al principio, después de morir Vincenzino, pensaba que realizaría todos sus proyectos. Tenía preparados muchos proyectos, planos para la fábrica, comedores, residencia, viviendas para los obreros. Eran cosas sensatas, realizables, no eran sueños. A él le faltó tiempo para llevar a cabo estas cosas. Pensaba que yo lo conseguiría.

—Y en cambio —dijo—, no he sido capaz de hacer nada. A Purillo siempre le digo que sí. No tengo ganas de contradecirle, de discutir. Agacho la cabeza y digo que sí.

—Alguna vez me asalta la idea de irme del pueblo. Para encontrar un poco de carga vital.

—A lo mejor me voy a Canadá —dijo—. Hace tiempo, el año pasado, Borzaghi me dijo que podía conseguirme un trabajo allí. En Canadá, en Montreal.

—No sé cómo será Canadá —dije—. Me imagino que debe ser un sitio lleno de leña.

—Sí —dijo, y se rió—. Debe serlo, seguro. De bosques.

Desde las ventanas se veía Villa Rondine. En el jardín se veía a Purillo, que jugaba al tenis con el hijo de Borzaghi.

—Mírale —me dijo Tommasino mirando por los cristales—, mira a Purillo. Él sí que tiene fuerza vital. Es estúpido, pero tiene mucha fuerza vital. A lo mejor no la tiene, pero no importa, como si la tuviese, y logra lo que le da la gana.

—Quizás también, precisamente, porque es estúpido —dijo—, y no se ha enterado de que ya está gastada toda la fuerza vital disponible en este pueblo.

—¡Lo que puede pesar un pueblo! —dijo—. ¡Pesa como el plomo, con todos sus muertos! ¡Cómo me pesa nuestro pueblo, tan pequeño, un puñado de casas! ¡Jamás podré librarme, jamás podré olvidarlo! ¡Ni aunque termine en Canadá lo dejaré atrás!

—¡Si tú hubieses sido —dijo— una chica de otro país! ¡Si te hubiese encontrado en Montreal, o en cualquier otro sitio, si nos hubiésemos encontrado y casado! ¡Nos habríamos sentido más libres, más ligeros, sin estas casas, estas colinas, estas montañas! ¡Habría sido libre como un pájaro!

—Pero aunque te llevara ahora conmigo a Montreal —dijo—, sería como aquí, no sabríamos inventar nada nuevo. Allí seguramente seguiríamos hablando de Vincenzino, de Nebbia, de Purillo. Sería igual, como aquí.

—Y además, ¿quién sabe si yo voy a ir alguna vez a Montreal?

—Y ahora vete —dijo. Y me tomó la cara entre sus manos—. Vete, así, sin llorar, sin verter ni una sola lágrima. Vete con los ojos secos, bien abiertos, calmos. No vale a pena derramar una sola lágrima. Quiero recordarte así.

—*Ciao,* adiós, Elsa —dijo. Y yo dije:

—*Ciao,* adiós, Tommasino.

Y me fui.

Luego en los días que siguieron, vino Purillo a explicar a mi padre que yo y Tommasino, de mutuo acuerdo y por motivos nuestros, habíamos roto el compromiso.

Las rupturas de noviazgos son especialidad de Purillo. Se había encargado de la ruptura de Vincenzino con la brasileña de la *mamita*, hace ya muchos años.

Ofreció a mi padre dinero por los gastos que habíamos tenido. Mi padre se ofendió, y lo rechazó fríamente.

Pero no guardó rencor a Tommasino. Por lo demás, les dije también yo que los dos estábamos de acuerdo en no casarnos, por razones íntimas, y que no había sido culpa de ninguno de los dos. Mi padre no consigue guardarle rencor a Tommasino, porque le caía bien, todavía ahora le sigue cayendo bien, y quería al viejo Balotta, respeta su memoria.

Mi padre le dijo a mi madre que se me dejara en paz. Dijo que los jóvenes de hoy tienen problemas psicológicos sutiles, complicados, que ellos, de la vieja generación, no pueden entender.

Sin embargo, mi padre, al principio, estaba muy abatido. Tomó antipatía a la fábrica y no quiso ir más. Dijo que ya era viejo, no quería trabajar más, se jubilaba. Se hizo cargo únicamente de una asesoría en una sociedad de contratas en Cignano.

Mi madre, cuando se enteró de la ruptura, lloró, se desmayó, y hubo que llamar a la señora Bottiglia, que se quedó asistiéndola toda la noche.

Luego se dedicó a colocar de nuevo en los armarios la ropa blanca de mi ajuar. Y al encontrarse un día entre las manos la mantilla española, a la cual ya le había cosido dos mangas de terciopelo, y que ahora se revelaba inútil, lloró fuerte y largo, de nuevo.

De momento, por algunos meses, rehusó salir de casa: la gente le daba vergüenza.

En el pueblo dijeron muchas cosas. Dijeron que yo había dejado a Tommasino porque, yendo a Villa Rondine un día temprano, lo había encontrado en la cama con la hija de Betta, que tiene sólo quince años.

Dijeron que le había dejado porque mi padre, como contable, había descubierto que la situación de la fábrica peligraba.

Dijeron que él me había dejado, porque yo tenía muchos amantes.

Dijeron que me había dejado porque se había sabido que tomaba morfina, junto con Gigi

Sartorio.

Fui, por unos meses, a Lambrate, con la hermana del primo Ernesto.

Y también se marchó Tommasino, pero no fue a Montreal. Fue sólo a Liverpool por unos meses, a resolver algunos negocios por indicación de Purillo.

Cuando volví de Lambrate, en el pueblo ya no se hablaba ni de mí ni de Tommasino.

Hablaban de Giuliana Bottiglia y de Gigi Sartorio, que se habían casado y habían alquilado una villa grande, lejos del padre, al que dejaron solo y viejo.

Ahora Tommasino ha vuelto. Miro, por la noche, las luces encendidas allí, en la Casa Tonda.

Ha vuelto, y a veces me tropiezo con él, en la plaza, cuando voy a echar una carta.

Me saluda como siempre, llevándose la mano a la frente. Lo saludo. Alguna vez se para y me pregunta:

—¿Qué tal?

—Bien —le digo—, gracias.

Y seguimos en dos direcciones opuestas, yo a lo largo del bosque del general Sartorio, él por la calleja que va a la Casa Tonda.

Me encuentro, a veces, a Magna Maria. Lleva luto riguroso, porque se murió Barba Tommaso. Me hace, de lejos, una seña y una gran sonrisa con sus grandes dientes blancos.

Me encuentro, a veces, a Gemmina, que me ha retirado el saludo. Y me encuentro a veces a Raffaella con Pepè.

Raffaella me saluda. Me para.

Dice: —¡Cómo sentí que no os casarais tú y Tommasino!

Yo no digo nada, y le acaricio el pelo a Pepè.

Dice: —Lo sentí porque tú me caes muy bien. Y me cae muy bien también él, Tommasino.

Yo digo: —Sí.

Ella me mira, me mira, con sus ojos negros, grandes, curiosos, tratando de entender.

Pero de pronto se distrae y me deja, y sale corriendo detrás de Pepè. Y todavía me vuelve a hacer una seña con la mano, de lejos.

A Giuliana Bottiglia no la veo nunca. Vive allí, en su gran casa, con tres de servicio y un jardinero. Dicen, en el pueblo, que Gigi se acuesta con los criados y con el jardinero. Con la mujer, poco.

Dice la señora Bottiglia a mi madre: —Da gusto ver lo felices que son Giuliana y Gigi.

Dice: —Gigi es tan bueno, tan bueno. Le trae siempre algún regalo, de París, de Londres. De París un bolso de cocodrilo, precioso.

—¿Y de Londres? —pregunta mi madre.

—De Londres un servicio de plata. La tetera, el azucarero, la jarrita de la leche, tres piezas.

—Precioso —dice mi madre.

—Estilo georgiano puro, auténtico —dice la señora Bottiglia.

—¿Georgiano? ¿De Georgia?

—Pero qué Georgia. Georgiano, de Jorge —explica la señora Bottiglia.

—¿Qué Jorge?

—Un rey.

Mi madre vuelve a casa, y le dice a mi padre:

—Total, que Gigi Sartorio no se sabe si es o no un pervertido. Según Netta, parece que quiere a su mujer. En el pueblo, sin embargo, dicen que se entiende con el jardinero. Al jardinero lo he visto yo, y es feísimo, con pelos negros y largos en la nariz.

Dice, después de haberlo pensado un poco:

—Tal vez sea muy hombre.

Es de nuevo octubre.

Volvemos, mi madre y yo, de la Viña, donde estuvimos viendo cómo iba la vendimia. Volvemos, y mi madre anda muy despacio, yo voy unos pasos delante. Llevo una cesta, colgada del brazos, llena de uvas moscateles.

Es casi de noche, y comienza a hacer frío. En el pueblo han encendido los faroles. La tierra del camino se ha puesto dura, la hierba velada y húmeda, y el viento sopla mordiendo y punzando, quizá vengan pronto las nieves.

Dice mi madre: —Tengo tortícolis vete a saber por qué. No debe de ser del viento, debe de ser más bien que he torcido la cabeza un poco bruscamente, cuando me llamó la guardesa.

Dice: —Esta nueva guardesa, nunca me acuerdo del nombre, se llama Drusbalda. En el campo tienen una imaginación extraña para los nombres.

Dice: —No parecen malos. Pero no son nada limpios. La casa, me he dado cuenta, no estaba muy limpia. Me ofrecieron café, y es como si tuviese vinagre en el estómago.

—Porque la taza no estaba limpia. Lo tomé sin gana ninguna.

—Uno de estos días —dice—, quiero ir a donde Giuliana, a ver la tetera.

Dice: —Quién sabe cómo habrá conseguido casarse Giuliana, que es la más tonta de todas las hermanas.

Dice: —Son siempre las más estúpidas las que consiguen casarse. Las mejores, no lo consiguen.

Dice: —No fui, sabes, al funeral de Barba Tommaso. Tú estabas en Lambrate. Fue tu padre, con tu tía Ottavia. Yo no. Lo sentí por Magna Maria. Pero me faltaban las fuerzas, no las tenía para darle la mano a Purillo.

Dice: —Yo a Purillo, después de la ruptura, no he vuelto a verlo. No te lo digo, porque tu padre no quiere. Pero estoy segura que la culpa fue toda de Purillo. Fue él quien puso a Tommasino en contra nuestra.

Dice: —Tommasino es un débil, un apocado. En el fondo es mejor que no os hayáis casado. Es un débil, no tiene carácter, no tiene una personalidad bien definida. Y en la fábrica tampoco tiene una misión precisa. Está allí, detrás de la mesa, porque es el hijo del viejo Balotta y el hermano del pobre Vincenzino. Vincenzino sí que era competente, todo un carácter. Pero, ya ves, también a él el matrimonio le fue mal. Es verdad que fue culpa de la mujer. De Cate.

Dice: —Así que Tommasino, por culpa de ese carácter tan débil, habrá hecho caso a Purillo. Purillo le habrá dicho que se busque una chica más rica y sin socialistas en su familia.

Dice: —Porque, qué quieres, los que tienen las fábricas siempre han tenido mucho miedo a los socialistas. Es natural. Aparenta, tal vez, que les gustan, pero no es verdad. En cuanto los huelen, salen a escape, como las liebres, y adiós. Ahora es así. Quizá antes era distinto; por ejemplo, el viejo Balotta era socialista.

Dice: —Tu padre no quiere que te hable de ello. Para nosotros fue un gran disgusto. Tu padre no dice nada, pero yo sé lo que piensa siempre. Ahora querría que nos mudáramos a Cignano. Ha terminado odiando el pueblo.

Dice: —Si fuésemos a Cignano, Olga, la hija de Nino Conversi, me haría compañía. La vi, el otro día, en la plaza, y me dijo que le gustaría mucho que nos fuésemos. Tiene una hija de tu edad, podríais jugar al tenis. Me parece que juega. Y también tiene un chico.

—Dijo que podíamos alquilar el piso que está encima de la farmacia. Es del padre de aquella Pupazzina, la viuda del pobre Nebbia.

Dice: —Y nuestra casa la alquilaremos. Aunque habrá que vender el comedor, es un armatoste. Me da pena, porque era de mi padre.

Dice: —Pero la carne haré que vengan a buscarla aquí una vez por semana. Es mucho más barata. Si vendo el comedor, compraré un frigorífico. Giuliana tiene uno, y están encantados.

Dice: —En cambio la mantequilla, los quesos, traen más cuenta en Cignano. Esas tortas que hacen pequeñas, redondas, saladas, son de queso. Una delicia.

Dice: —Cignano está un poco más bajo. A mi salud le sienta mejor Cignano.

—¿Querrá venirse Antonia a Cignano? —dice.

—¿No se le meterá en la cabeza que le sienta mal el aire?

—Por otra parte, si no se viene, tanto da. Con el frigorífico, con tantas comodidades, ¿qué necesidad tenemos de muchacha?

—Ese piso sobre la farmacia es pequeño, pero una preciosidad. Yo no lo he visto, me lo dijo Olga, la hija de Nino.

Dice: —Quiero decir que si estamos un poco apretados, tú puedes dormir con la tía Ottavia. A ti te da lo mismo la tía, basta meterla allí con un libro, que ni se siente.

Dice: —¿Habrá armarios empotrados? ¿Habrá sitio para mi cómoda?

—En cuanto llegue a casa me voy a poner el termómetro. Es fácil que tenga un poco de fiebre.

—No sé si tomarme una aspirina. Normalmente me sientan fatal. Se me pone como un plomo en el estómago.

—El único defecto de ese piso es que pasan al lado los trenes. Y yo que tengo el sueño muy ligero, ¿cómo voy a dormir?

—¿Me despertará por la noche el timbre de la farmacia? ¿Seguro que no suena demasiado fuerte?

—Aunque es cómodo tener la farmacia justo debajo si te hace falta, basta con bajar unos escalones.

—Las medicinas que tomo para la tensión, supongo que las tendrán en la farmacia de Cignano, ¿no?

20 de marzo - 12 de abril de 1961

# Notas

[1] Transcripción fonética italiana de la palabra francesa *beignet*, rosquilla (N. del t.). <<